


# EXPULSION

## Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# EXPULSION

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

357 — *Surgieron de las profundidades*, A. Thorkent

358 — *La reina del sistema Uta*, Joseph Berna

359 — *¡Abajo los robots!*, Glenn Parrish

360 — *Extraños en la tierra*, Marcus Sidereo

361 — *La raza milenaria*, A. Thorkent

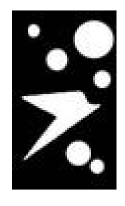
GLENN PARRISH

# EXPULSION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 362

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

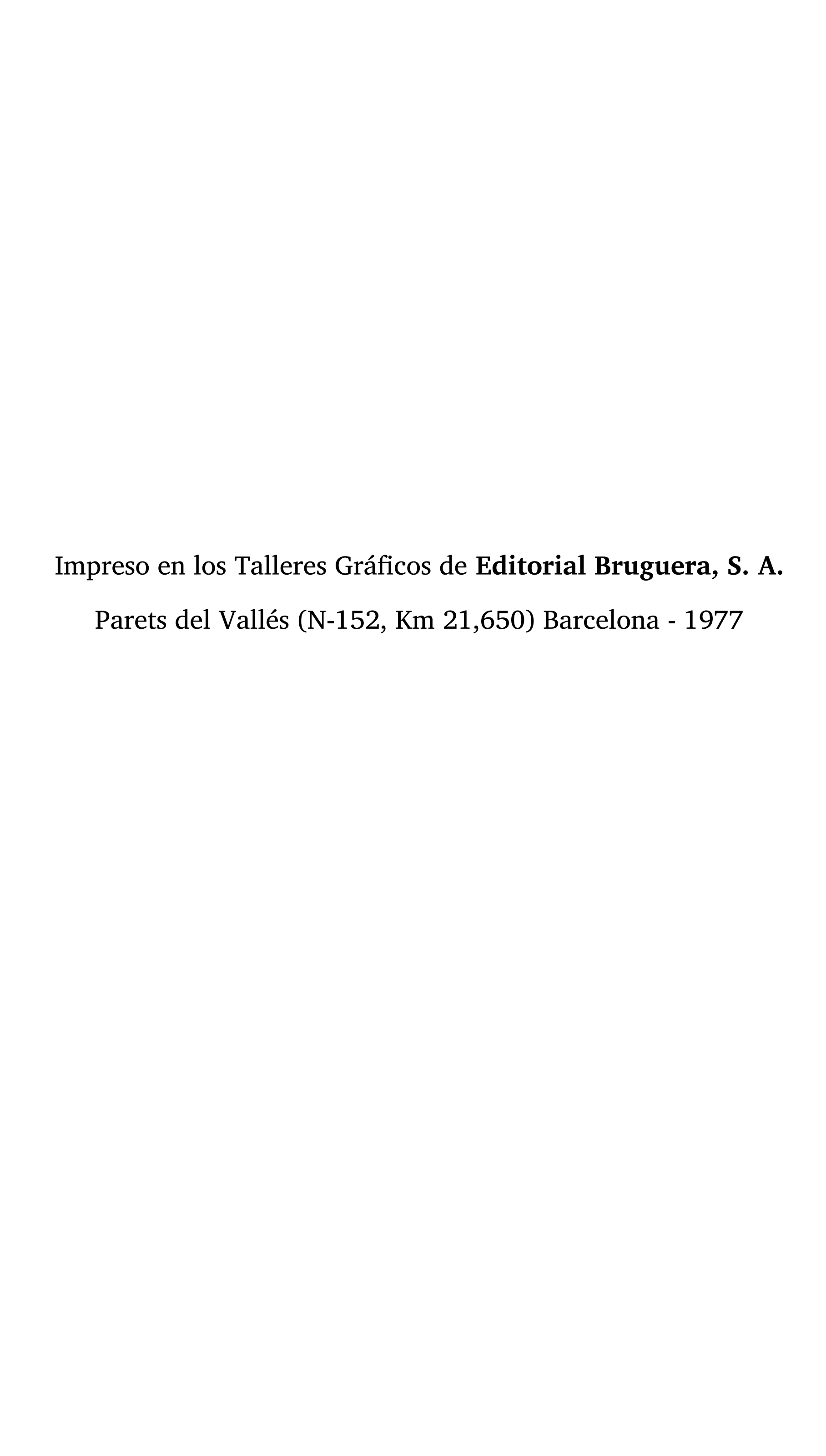
Depósito legal: B. 20.612 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1977



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

# CAPITULO PRIMERO

En el observatorio espacial situado a unos seis mil millones de kilómetros de la Tierra, aproximadamente en la órbita de Plutón, sonó inesperadamente la alarma de detección de un cuerpo celeste.

El observatorio, conocido más bien por sus iniciales y la cifra que indicaba su situación, era en realidad un gigantesco satélite artificial, en donde residían varios voluntarios, para un período de tiempo no inferior a doce meses. Era el número ocho de los construidos, por lo que su designación habitual era O.E.S.7: Observatorio Extrasolar número siete. Pete Kahn estaba de guardia ante los instrumentos cuando empezaron a sonar los primeros "bip-bips" que indicaban la detección de un cuerpo celeste, situado mucho más allá de la órbita del noveno planeta del Sistema Solar

Lo primero que hizo Kahn fue conectar el radar de largo alcance, capaz de detecciones hasta de tres mil millones de kilómetros. En la pantalla apareció de inmediato un punto luminoso que, extrañamente, parecía inmóvil en el espacio.

Luego avisó por interfono al jefe del observatorio: —Aquí, Kahn. Cuerpo extraño avistado a unos mil doscientos millones de kilómetros. No parece asteroide errante. Por el momento, me es imposible facilitar más datos.

El jefe del observatorio, en aquel período de tiempo, era Lucius von Halliman.

—Está bien, manténgalo bajo observación —contestó—. Voy ahora mismo.

En aquellos momentos, Von Halliman estaba redactando el último informe que debía enviar al Consejo Superior de Astronáutica. Cuando estuviese terminado, lo introduciría en la máquina que se ocuparía automáticamente de la transmisión por radio, mediante las doce estaciones de relevo que eran precisas para que tanto la voz como la imagen llegasen nítidamente hasta la Tierra.

Dado que todos los mensajes, ineludiblemente, no podían viajar a una velocidad superior a la de la luz, 300.000 kilómetros por segundo, el mensaje tardaba unas seis horas en llegar a su destino, aun contando con la escasa pérdida de tiempo que significaba su paso por las estaciones de relevo. Las respuestas, por tanto, significaban un

tiempo análogo. Puesto que el cuerpo extraño avistado por el operador de servicio se hallaba a mil doscientos millones de kilómetros de distancia, Von Halliman no tenía demasiada prisa en ver algo que podía esperar sin perjuicios para nadie.

Acabó el informe y fue introduciendo sucesivamente las hojas mecanografiadas en la ranura de la máquina. Ciento veinte segundos más tarde, se encendió una lámpara en el panel de control, con un rótulo significativo: MENSAJE DESPACHADO.

Entonces, Von Halliman se puso en pie. Encendió un cigarrillo y se encaminó al ascensor que le conduciría al piso superior, donde se hallaba el observatorio propiamente dicho. Cuando iba a entrar, se tropezó con su segundo en el mando, doctora Wilma Farrar.

—¿Algo de nuevo, Luc? —preguntó la doctora.

—Pete ha detectado un cuerpo extraño. Voy a ver qué sucede.

—Le acompañaré.

—Claro.

La doctora Farrar era una mujer joven, de cuerpo generosamente dotado por la naturaleza, cosa que hacía suspirar a la mayoría de los miembros del personal. Era de buena estatura y tenía el pelo oscuro, aunque no negro del todo y cortado casi como un muchacho. El doctorado, en contra de lo que muchos habían creído al verla por primera vez, era en Astrofísica.

Instantes después, aparecían en la espaciosa rotonda superior, completamente encristalada, en forma de media cúpula, repleta de toda clase de aparatos e instrumentos de observación y con la suficiente capacidad para que una veintena de personas pudieran moverse sin agobios de espacio.

Kahn continuaba frente a la pantalla de radar.

—Por ahora, todo sigue igual —dijo, cuando vio entrar a la pareja —. Diríase que ese cuerpo celeste está inmóvil en el espacio.

—Eso es imposible —alegó Wilma—. No hay cuerpos inmóviles en el espacio; todos, de una forma u otra, siguen una órbita.

—Ya lo sé, doctora; era sólo una frase... Desde luego, en este tiempo, no he advertido progresos en sus movimientos.

Wilma estudió la pantalla unos momentos. Luego se volvió hacia el

jefe del observatorio:

—Ese cuerpo celeste viene directo hacia nosotros —dijo.

Von Halliman respingó.

—¡Caramba, doctora! Podría destruirnos...

—Usted sabe que la estación puede desplazarse de su órbita, por lo que la colisión resultaría imposible. Pero da la casualidad de que tanto ese extraño cuerpo como nosotros seguimos una especie de órbitas paralelas, lo que explica esa aparente inmovilidad suya. Luc, ¿puede dar orden de que se inmovilice el observatorio por medio de retrofrenos?

—¿Cuánto tiempo, doctora?

—Lo justo para una observación de desplazamiento. Dos minutos, por ejemplo.

—No le concederé más; consumiríamos demasiada energía. Se gasta menos en buscar otra órbita que en permanecer quietos en el espacio.

—Lo sé, pero necesito esos dos minutos, Luc.

—De acuerdo.

Von Halliman se acercó a un interfono y presionó una tecla:

—Habla el comandante. Al encargado de la sección de Energía: Inmovilidad del observatorio durante ciento veinte segundos. Avise comienzo y final. Eso es todo.

Una voz respondió:

—Enterado.

Wilma se dirigió al observador:

—Conecte sistemas telemétricos. Ponga a punto el telescopio de largo alcance.

—Sí, doctora.

Una voz sonó de pronto en el observatorio:

—Preparados para inmovilidad. Cuando oigan la campana, dará comienzo la cuenta de los ciento veinte segundos... ¡Atención!

—¡Nang!

El suelo del observatorio trepidó levemente. Entonces, el punto brillante de la pantalla de radar empezó a moverse muy despacio a un lado y ligeramente hacia abajo.

Las tres personas guardaban un silencio absoluto. De pronto, Kahn exclamó:

—Velocidad del cuerpo celeste, ciento diecinueve coma dos por segundo. Distancia, mil ciento noventa y seis millones de kilómetros.

—Conectaremos el telescopio cuando haya cesado la inmovilidad —dispuso Wilma—. Pete, prepare el teleanálisis.

—Sí, doctora.

—Ciento diecinueve kilómetros por segundo es el cuádruple de la velocidad orbital de la Tierra —observó Von Halliman.

—Exactamente —confirmó Wilma—; se mueve cuatro veces más rápido que nuestro planeta.

—Eso significa que si estuviese en la órbita de la Tierra, su año duraría tres meses.

—Aproximadamente, claro.

La campana sonó nuevamente.

—Fin del período de inmovilidad —anunció el encargado de la sección de Energía.

—Gracias, Matt —contestó el jefe.

Kahn dijo:

—Conectados el telescopio y los teleanálisis, doctora.

Wilma se acercó entonces a otra pantalla, que tenía casi dos metros de lado. Después de algunas oscilaciones, la imagen se hizo nítida, perfecta.

Boquiabiertos de asombro, los tres ocupantes del observatorio superior vieron un globo de color azulado, con algunas manchas blancas. En el mismo instante, una voz mecánica dio los resultados del teleanálisis:

—Diámetro del cuerpo celeste, doce mil seiscientos veinte

kilómetros. Densidad media, cinco coma cuatrocientos noventa y tres. Atmósfera normal, con un uno por ciento más de oxígeno que en la Tierra. Superficie sólida, dos sextos del total. El resto es agua. Continúo en funcionamiento para la obtención de datos más precisos.

La máquina calló. Wilma, Von Halliman y Kahn se sentían pasmados.

—¡Dios mío! —la doctora fue la primera en romper el silencio—. Eso que estamos viendo es “otra” Tierra.

Von Halliman parpadeó.

—Si sigue el mismo rumbo y no pierde velocidad, cruzará nuestra órbita dentro de tres meses escasos —exclamó.

—¿Vamos a contar con un nuevo planeta en el sistema Solar?

—¿Un planeta “polizón”?

Sin embargo, fue Pete Kahn quien hizo la pregunta más adecuada en semejantes circunstancias:

—¿Estará habitado?

* * *

Una semana más tarde, se había llegado a una conclusión en el O.E.S.7.

El cuerpo celeste avistado era un planeta susceptible de ser habitado, prácticamente igual a la Tierra, con lógicas diferencias en su geografía externa, que, naturalmente, carecían de importancia a la hora de establecer otras conclusiones

Dada la velocidad orbital, llegaría a los límites del sistema solar alrededor de tres meses más tarde. Un año y medio después, cruzaría la órbita de la Tierra. Las computadoras, sin embargo, continuaban haciendo cálculos, por lo que resultaba todavía prematuro hacer ciertas deducciones. Von Halliman había enviado un informe preliminar sobre la detección del nuevo planeta, reservándose el definitivo para el momento en que dispusiera de todos los datos precisos.

De la Tierra llegó un mensaje perentorio:

—Envíen señales luminosas. Traten de establecer contacto por radio. Averigüen si ese planeta está habitado.

Veinticuatro horas después, Von Halliman envió al espacio, aunque sujeto por un cable, un gigantesco proyector, cuyo foco estaba encarado directamente al planeta desconocido.

Durante horas y horas y aún días; el proyector parpadeó constantemente, mediante señales en Morse. Al mismo tiempo, una grabación automática enviaba un mensaje en todos los idiomas más importantes de la Tierra y conocidos por el personal del O.E.S.7.

El telescopio de largo alcance estaba constantemente enfocado hacia el planeta, que un individuo de poca imaginación había intentado bautizar como Nova Terra. Alguien le había dicho que ya había una Terranova en la Tierra, por lo que el primer calificativo comentado apenas se conoció la existencia del planeta tuvo más éxito: “Polizón”.

En el O.E.S.7 había navecillas auxiliares. Alguien sugirió la idea de una expedición exploratoria, pero la idea se descartó de inmediato, ya que aquellos aparatos carecían de autonomía suficiente; eran destinados más bien a misiones realizadas en las inmediaciones del observatorio.

En cuanto a la astronave que traería al relevo y en la que regresaría la doctora Farrar, cumplido su periodo de servicio, no cabía contar con ella, ya que no estaba equipada para una operación semejante. Simplemente, servía para transportar personal y materiales, pero no se podía efectuar con ella una observación que permitiese unas mínimas garantías de éxito.

Los habitantes del observatorio sabían la efervescencia que reinaba en las altas esferas de la Tierra. Hasta entonces, nada de lo descubierto había trascendido al gran público Todo cuanto se sabía era considerado como *Top Secret.*

Entonces, cuando en el O.E.S.7 era 9 de marzo de 2131, según el cómputo de tiempo terrestre, las calculadoras de la estación espacial emitieron su último y definitivo informe:

—“Polizón” cruzará la órbita de la Tierra el día 22 de setiembre de 2132, precisamente en las coordenadas 443-E, 59-I, con un error en más o menos de mil ochocientos kilómetros.

Entonces, Wilma hizo una nueva consulta a la computadora:

—¿Qué posición ocupará la Tierra el día 22 de setiembre de 2132?

La consulta, naturalmente, fue mecanografiada. Segundos más

tarde, en la pantalla de la máquina apareció la respuesta.

—Coordenadas 443-E, 59-I.

# CAPITULO II

Wilbur Jonathan Gainsdale era más conocido por el sobrenombre de Ted entre sus amistades íntimas. En aquellos momentos, Gainsdale aparecía muy ocupado ante una máquina tragaperras.

Tras él, el jaleo del casino resultaba estridente en ocasiones. Gainsdale, sin embargo, no prestaba la menor atención al ruido y a la algarabía que reinaban por todas partes. Incluso no se había fijado siquiera en los tipos rudos, fornidos, que le espiaban cautelosamente desde hacía algunos minutos.

Gainsdale vestía de una forma muy peculiar: camisa, pantalón corto y gorra de visera. Había perdido ya media docena de monedas en la máquina y ya sólo le quedaba la última, todo su capital en aquellos momentos.

Porque Gainsdale estaba sin trabajo y la tragaperras era su única solución al acuciante problema de una economía en bancarrota. Además, Gainsdale, en ocasiones, era muy amigo del "todo o nada". La máquina sólo admitía monedas de veinte dólares. Si perdía, se quedaría sin cenar. Si acertaba, podía conseguir una pequeña fortuna.

Metió la moneda en la ranura. Luego empuñó la palanca, cerró los ojos y se concentró profundamente.

"Vamos, maquinita, dame la pasta. Estoy pobre, necesito tu dinero. Dámelo, dámelo..."

Bajó la palanca. En el interior de la máquina, chirriaron unos engranajes.

Gainsdale se apresuró a quitarse la gorra. Unos segundos después, se oyó un alegre tintineo

Decenas y decenas de monedas bajaron en fulgurante catarata por la ranura de los premios. Gainsdale se dijo que, a veces, convenía darle un buen "estacazo" mental a una máquina. "Como antaño se hacía con las mulas perezosas".

Las monedas rebosaban casi del cuenco de su gorra cuando el chorro dejó de fluir. A ojo, Gainsdale calculó que había un par de cientos de monedas. Dos mil dólares. No estaba mal.

Una rubia exuberante, de senos ampulosos y escasamente velados,

se le acercó insinuante.

—¿Qué, me invitas a un trago?

Gainsdale se echó a reír. Tomó una moneda y la lanzó hábilmente al centro del escote.

—Bebe a mi salud —dijo.

Y se alejó, en busca de la caja, donde le cambiarían aquel dinero pesadísimo por más livianos billetes.

De repente, sintió que le ponían unas manos en los hombros.

—Tiene que acompañarnos.

—Sí, venga con nosotros, amigo.

Gainsdale volvió la cabeza alternativamente a derecha e izquierda. Las caras de aquellos dos sujetos se le hicieron antipáticas inmediatamente.

—¿Por qué? No les conozco a ustedes de nada...

Gainsdale era alto y pesaba ochenta y cinco kilos, pero, a pesar de todo, se sintió izado en el aire como si fuese una pluma. Las manos que había tenido hasta entonces sobre los hombros, estaban ahora bajo sus sobacos. Los pies quedaban a un palmo del suelo.

—Le dijimos que iba a venir con nosotros —murmuró uno de los sujetos, a quien Gainsdale supuso matón del casino, como su compañero.

Sonaron algunas risas. Los clientes veteranos se imaginaron fácilmente lo que iba a suceder. Sucedía invariablemente con los tramposos. Las Vegas no había cambiado nada con el transcurso de los tiempos. La gente podía ir vestida de esta o esotra manera, pero había algo que siempre perduraba a través de los siglos.

Gainsdale continuaba con la gorra en las manos. Filosófico, se dejó llevar, percatado de que le era imposible oponer resistencia. Además, había ganado dos mil dólares y no era cosa de perder una suma semejante.

Un minuto después, se encontraba en un lujoso despacho, ocupado por un hombre de mediana edad, vestido con un “completo” negro, en el que destacaba el triángulo blanco que simulaba la pechera de una camisa, La corbata de lazo era también simulada. Era la última moda

en trajes de etiqueta. A Gainsdale le entraron ganas de reír al ver a aquel sujeto, pero logró contenerse.

—Este es el tipo, señor Hattins —dijo uno de los matones.

—Quítale el dinero, Buck —ordenó Hattins.

—Eh, es mío... ¡Lo he ganado legalmente! —protestó Gainsdale.

Jack Hattins le dirigió una mirada penetrante.

—Amigo, aquí conocemos todos los trucos habidos y por haber, incluidos los de la parapsicología. Sí, hay algunos tipos que emplean sus facultades extraordinarias para conseguir un pleno en una tragaperras o hacer que la bolita de la ruleta caiga en el número elegido, pero ni eso consigue engañarnos, ¿comprende?

Gainsdale se sentía atónito.

—¿Cómo? ¿Piensa que yo...? ¡Pero si soy un tipo absolutamente normal! Oiga, no irá a creer ahora que he hipnotizado a la máquina, ¿verdad? Es la cosa más absurda que he oído en los días de mi vida...

—Quítale el dinero, Buck —repitió Hattins, impasible.

—Un momento —dijo Gainsdale, conteniendo a duras penas la ira que sentía—. Yo no he hipnotizado a ninguna maldita máquina, yo no he hecho trampas, ni he jugado un truco sucio para llevarme este pleno. Le guste o no, el dinero es mío, y si les fastidia que los clientes de este asqueroso casino ganen, monten entonces una fábrica de papel higiénico. ¡Pero el dinero es mío! ¿Está claro?

Hattins hizo un gesto con la mano.

—Basta de palabras —cortó fríamente.

Buck avanzó hacia el joven. Gainsdale se revolvió y le arreó en mitad de la cara con el dorso de la mano. Con el rabillo del ojo percibió que el otro matón se disponía a atacarle por detrás y entonces, apoyando ambas manos en la mesa, levantó los pies y los disparó hacia atrás, en una perfecta coz, que alcanzó de lleno su objetivo.

El sujeto se desplomó, lanzando un rugido. Buck volvió a la carga. Gainsdale se dispuso a contraatacar con los puños. Pero Buck alzó su pie derecho y se lo hundió en el estómago.

Gainsdale se curvó hacia adelante, a la vez que lanzaba un agónico

gemido. Una fracción de segundo más tarde, algo explotó fragorosamente en su nuca. Después del estallido de luz, tan rápido, que no sintió el dolor, vinieron las tinieblas.

* * *

Tumbado en la litera, Gainsdale oyó ruido de cerrojos y de puertas que se descorrían sobre sus carriles. Más presos, pensó, sin mover una sola pestaña. Ni siquiera se preguntaba ya cuándo lo llevarían a presencia de un juez y cuál sería la acusación presentada contra él. Hasta el momento, después de cuarenta y ocho horas de su jaleo con Jack Hattins, lo único que había llegado a saber era que estaba encerrado por alborotador.

De pronto, vio a dos personas frente a la reja de su encierro. No conocía a ninguno de los dos hombres, pero el que vestía de uniforme llevaba una enorme placa con un rótulo significativo: *SHERIFF*. Era más bien un jefe de policía, dada la cantidad de agentes a sus órdenes, pero conservaba el viejo título. En cuanto al hombre que estaba a su lado, más joven y de esbelta figura, vestía ropas civiles.

—Gainsdale, soy el sheriff McSwaine —dijo el hombre de la estrella—. Le presento al señor Devin E. Carlson. El señor Carlson quiere hablar con usted.

Gainsdale se incorporó sobre un codo. Desde la reja, Carlson enseñó una billetera.

—Centro Mundial de Información —dijo—. En el momento actual, estoy adscrito al CSA. ¿Sabe lo que es eso, Gainsdale?

—Consejo Superior de Astronáutica —respondió el interpelado—. Pero ¿qué diablos quiere el CMI de un tipo arruinado y molido a golpes y actualmente preso hasta que el señor McSwaine lo desee?

—El señor Hattins se quejó de que usted le había atacado en el despacho —dijo el sheriff, impasible—. Uno de sus empleados está en el hospital. El otro tuvo que reducirle a usted a la fuerza,

—¡Sí! —gritó Gainsdale, a la vez que saltaba de la litera—. Les pegué..., y a Hattins también le hubiera arreado, de haber dispuesto de tiempo suficiente. Había ganado dos mil “pavos” y ellos quisieron quitármelos. Tienen un casino donde se juega a todo, salvo a ganar. ¿Por qué consiente usted eso, *sheriff*? ¿O es que está a sueldo de ese hijo de puta de Hattins?

La redonda cara de McSwaine se puso del color de la púrpura.

—Otra frase como la que acaba de pronunciar y ni todo el poder del Supragobierno será suficiente para sacarle de aquí —dijo el *sheriff* coléricamente—. Yo no estoy a sueldo de Hattins ni él manda en mí, ni me da dinero bajo mano… —Se volvió hacia Carlson—. Llévese a este maldito alborotador antes de que me arrepienta.

—Está bien, vamos, Gainsdale —dijo Carlson, conciliador—. Allá arriba le necesitan.

Sorprendentemente, Gainsdale volvió a su camastro.

—Les agradezco el gesto, pero no pienso moverme de aquí, hasta que me hayan devuelto mis legítimas ganancias. Sí, Hattins me acusó de haber hipnotizado a la máquina… pero, maldita sea, ¿quién, cuando mete una moneda en la ranura, no reza fervorosamente para conseguir un pleno? Ya sé que hay personas con poderes superiores, que se aprovechan para influenciar las tragaperras o la bola de la ruleta, pero mis facultades, inteligencia aparte, son las de un tipo corriente. Por tanto, como no admito la acusación de trampa parapsicológica, me quedaré aquí hasta que me devuelvan mis dos mil dólares.

Sentóse en el camastro al terminar, cruzó los brazos y apoyó la espalda en la pared. El *sheriff* McSwaine lanzó un suspiro.

—No se preocupe, señor Carlson —dijo—. Ahora llamaré a un par de agentes y le pondremos a su hombre en el asiento del helimóvil.

Gainsdale disparó su índice hacia el agente del CMI.

—¡Carlson, sé que ustedes buscan algo de mí, pero aunque me saquen de esta pocilga a patadas, no moveré una sola pestaña en su favor! Incluso estoy dispuesto a hacer una huelga de hambre y a explicar a los periodistas los motivos de mi actitud. Hay muchos que me vieron arrastrado… no, llevado en volandas a la oficina de Hattins, y tenía la gorra rebosante de monedas de veinte “pavos”. *Sheriff*, a usted también le gusta la buena fama de Las Vegas, ¿no? Aquí la gente viene a divertirse, como en el siglo XX. ¿Qué le parecería si se divulgase la noticia de que en los casinos no pagan a los ganadores y les acusan de hacer trampas además y, por si aún fuese poco, los apalean y los encierran en la cárcel acusados de alborotadores…?

—¡Basta, basta! —clamó McSwaine, que ya empezaba a sentir dolor de cabeza—. Hablaré con Hattins para que le devuelva el dinero…

—Tráigamelo y entonces saldré de esta apestosa mazmorra. Ya lo

sabe, Carlson, si allá arriba les intereso siquiera un poco, colabore con el *sheriff*.

Carlson asintió.

—Visitaremos al señor Hattins —prometió.

Gainsdale sintióse tentado de exigir, además, que Hattins fuese a presentarle excusas públicamente, pero decidió contentarse con lo obtenido. Iba a salir y le devolverían las ganancias. Ya no podía pedir más, bien mirado.

La cosa fue rápida. Treinta minutos más tarde, le devolvían sus escasos objetos personales en la oficina del *sheriff* y le entregaban veinte billetes de cien dólares y dos monedas de veinte. Una vez el dinero en su poder, miró burlonamente al representante de la ley.

—Se ha hecho justicia —dijo—. Saludos al señor Hattins.

—Gainsdale, no vuelva más por Las Vegas —gruñó McSwaine.

—Después de lo ocurrido, cada vez que alguien pronuncie el nombre de esta puerca ciudad, escupiré en el suelo.

Carlson tiró del brazo del rescatado, temeroso de un justo acceso de ira del *sheriff*.

—Vamos —dijo—, el helimóvil nos espera.

Gainsdale salió canturreando una canción de letra más bien subida de color. Poco después, se acomodaba en un mullido asiento de un helimóvil capaz para una docena de personas. Sin embargo, aparte de él y Carlson, sólo viajaba el piloto.

—Mike, ya conoce la ruta —dijo Carlson.

—Sí, señor.

El aparato se elevó de inmediato. Entonces, Gainsdale se volvió hacia el hombre del CMI.

—Bien, ¿puedo saber ya de una vez qué diablos pasa?

Carlson se volvió ligeramente y sacó un periódico de una repisa de rejilla.

—Lea —respondió escuetamente.

Gainsdale desplegó el diario. En primera plana, con enormes

titulares, se leía:

ASTRONOMO AFICIONADO DESCUBRE NUEVO PLANETA. EL NUEVO CUERPO CELESTE, DESCONOCIDO HASTA AHORA POR LOS ASTRONOMOS, VIAJA POR EL ESPACIO EN UNA ORBITA DE COLISION CON LA TIERRA.

* * *

El helimóvil se posó en la terraza de un enorme edificio, apenas visto un par de veces por Gainsdale.

—¡Eh, esto no es el CMI ni el CSA!

—Ya lo sé —contestó Carlson, impasible—. Bájese, por favor.

Gainsdale se encogió de hombros. Saltó al suelo y se dejó conducir por el agente hacia el ascensor. Carlson había sido escasamente explícito durante el viaje, por lo que, en realidad, Gainsdale sólo sabía lo que había podido leer en los diarios.

El planeta desconocido, al que no se había asignado todavía nombre oficial, seguía una órbita inmutable, que le llevaría a chocar con la Tierra después de un plazo aproximado de año y medio. Las autoridades de todo tipo, sin embargo, aun admitiendo el descubrimiento del astrónomo aficionado, sostenían la teoría de un error en sus cálculos. El nuevo planeta cortaría la órbita de la Tierra, pero pasando a suficiente distancia de la misma como para no temer el menor daño.

Carlson se detuvo minutos después ante una puerta. Pulsó el llamador y se volvió hacia su acompañante.

—Ya ha llegado, Gainsdale —dijo.

—¿Quién vive aquí? —preguntó el aludido.

—Lo sabrá dentro de muy poco. Mi misión ha terminado; consistía, simplemente, en traerle a usted aquí. Lo que haga después ya no me interesa en absoluto. ¡Buena suerte!

Carlson echó a andar, justo cuando la puerta del departamento empezaba a abrirse. Una voz de mujer, distorsionada por unos ruidos extraños, llegó desde el interior:

—Acomódate, querido. Toma una copa si te apetece. Estoy

terminando de ducharme, ¿sabes?

Gainsdale hizo una mueca al cerrar a sus espaldas. El lugar era espacioso, decorado con buen gusto y sin perniciosos excesos de lujo que ofendiesen a la vista. Gainsdale se preguntó quién era la mujer que tan bien parecía conocerle.

Sobre una consola vio botellas y copas. Gainsdale destapó una de las botellas y se sirvió una buena dosis. Después de probar el líquido, torció el gesto.

—Duplicado —mascullóo—. ¿Es qué no tiene dinero para comprar una botella de jerez legítimo?

Pero como no estaba mal del todo, vació la copa. Cuando iba a la mitad de la segunda, apareció la mujer.

—Hola, Ted.

Gainsdale volvió la cabeza. Estupefacto, contempló a aquella hermosa joven, de cabellos cortos y oscuros, vestida con una bata que quedaba a quince centímetros de unas hermosas rodillas. Aunque tenía el cinturón ajustado al talle, Gainsdale estaba por apostar que entre la bata y la sedosa piel de la doctora Farrar no se interponía ninguna otra prenda de ropa.

—Tú, Wilma —dijo.

—La misma —sonrió ella—. ¿Te sorprende verme después de tanto tiempo?

—Un poco. Lo que menos me imaginé era que me sacasen de la cárcel para traerme a tus cálidos brazos.

—Poco a poco —cortó Wilma fríamente—. Si piensas en un romance, estás muy equivocado. Lo que hubo entre nosotros se acabó, Ted.

—Muy bien. Entonces, comienza a hablar. Bien mirado, no eres la única mujer en este mundo, Wilma.

—Lo sé de sobra —contestó la doctora—. Pero si esto no se remedia, antes de dieciocho meses no habrá ya más mujeres para ti en este mundo. Ni tú estarás en situación de procurarte más romances.

# CAPITULO III

Muy impresionado por aquellas palabras, Gainsdale sabia que cuando Wilma se tomaba una cosa en serio, había que hacerle caso, llenó las copas de nuevo. Luego fue en busca de un diván:

—Cuéntame —pidió.

—Se trata de “Polizón”...

—¿“Polizón”? —repitió él, extrañado.

—Es el nombre que dimos al planeta, cuando lo descubrimos, pronto hará tres meses. Alguien dijo que iba a ser un polizón en el Sistema Solar y el nombre tuvo éxito. Pero hasta ahora, no se ha divulgado la noticia.

—A causa de un astrónomo aficionado.

—Uno u otro, quienquiera que fuese, tenía que averiguarlo, tarde o temprano —contestó Wilma resignadamente—. Y, a pesar de los desmentidos, es cierto. “Polizón” chocará contra la Tierra dentro de un año y pico.

—Santo cielo —murmuró Gainsdale, terriblemente impresionado, porque sabía que no había la menor broma en las palabras de su bella interlocutora—. Pero... ¿cómo puede ser eso?

Wilma se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Un día no sabíamos nada de él y al día siguiente estaba allí, surgiendo, aparentemente, de la constelación del Cisne. Durante un par de semanas, nos dedicamos a calcular todos sus datos. Aparte de que “Polizón” es, literalmente, una segunda Tierra en todos los sentidos, resulta rigurosamente cierto que chocará con nosotros. Entonces, los dos planetas se convertirán en pedacitos de materia cósmica.

—Esto sí que será el fin del mundo... Pero ¿no hay medio de evitarlo, Wilma?

—Tal vez uno. Por eso te buscamos a ti, Ted.

Gainsdale se puso vivamente en pie.

—Wilma, ¿te han contado lo que me pasó? —dijo.

—Algo —repuso ella—. Te hicieron dimitir…

—No me dejaron otra salida —gruñó el joven—. La verdad, admito que me tiran las faldas, pero también hay ocasiones en que sé contenerme.

Wilma rió burlonamente.

—Cada vez qué pasa una mujer por tu lado, como no vaya en silla de ruedas y tenga el pelo blanco, muges como un toro. Por suerte, te conozco, Ted.

—La mala fama —se quejó él—. Ella intentó seducirme. Yo me di cuenta de que era un juego muy peligroso. Su esposo tiene demasiado rango… y, a fin de cuentas, no era la única mujer. Pero se sintió despechada…

—Vamos, vamos, no quieras representar ahora el papel del casto José —dijo ella burlonamente—. De todos modos, no es cosa que ahora interese demasiado.

—Interesa, porque si vas a proponerme que vuelva, la respuesta es no. Con mayúsculas, escrito y firmado ante notario, si lo prefieres.

—Tu antigua enamorada se fugó con el cajero de tu jefe. Este ha comprendido que la razón estaba de tu parte.

—Demasiado tarde.

—Ted, eres el único que puedes hacerlo…

—¡Por cien mil diablos, no! Hay decenas y decenas de pilotos tan buenos como yo. Que busquen a otro; yo no quiero levantar más los pies del suelo terrestre.

—Entonces, sólo quedará año y medio de vida para la Humanidad.

—Pero, maldita sea… ¿Qué diablos sucede? ¿Es que no hay otro piloto, capaz de salir con una astronave al encuentro de “Polizón”? ¿Soy el único acaso para enviar una superbomba a ese condenado planeta?

—Hay más personas, pero ninguna de ellas es piloto, como tú. Y, por otra parte, su número es muy escaso, aparte de que entrenar a un piloto de astronave no es cosa que se pueda hacer en un par de semanas.

—Voy a tomar otro trago —mascullo Gainsdale—. ¿Por qué no

sigues hablando, preciosa?

—A decir verdad, el resto es más bien asunto de conversación práctica, aunque no en mi casa, por supuesto. A mí se me ha asignado solamente el papel de convencerte para que aceptes la misión.

—Ya. Sin duda, “Polizón” está habitado y teméis la reacción de sus nativos. ¡Pero ya no hay pilotos de combate!

—Ted, cálmate. Repito que no puedo decir nada más, no estoy autorizada para ello. Te he dicho cuanto me han permitido, eso es todo.

Gainsdale entornó los ojos.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Lo sabrás si aceptas —contestó Wilma, inflexible.

—¿Iremos hoy a esa demostración práctica?

Ella consultó su reloj de pulsera.

—Mañana, a las diez —respondió.

—¿Dónde?

—Ven a buscarme. Tendré un helimóvil listo.

—¿No temes que me dé a la fuga?

Wilma sonrió.

—Eres un repugnante botarate, un condenado Casanova…, pero cuando das tu palabra, salvo que no sea de casamiento, la cumples —dijo.

—Tienes un magnífico concepto de mí, preciosa.

—En ciertos aspectos, desde luego. Oye, ¿cómo llegaste a aterrizar en Las Vegas?

—Bueno, estaba sin dinero y pensé que allí podría ganar un puñado de dólares. Como así sucedió, en efecto.

—¿Qué habría sucedido de no haber ganado, Ted? Siento curiosidad…

—En el Servicio de Limpieza siempre hay plazas vacantes. Pagan bien, hermosa.

—Tú, barrendero…

—Cuando se trata de llenar la tripa, no hay que hacerse demasiadas reflexiones sobre el empleo, nena.

—Ya. Bien, entonces, quedamos de acuerdo. Mañana, a las diez en punto.

Gainsdale echó a andar hacia la puerta.

—Avisaré que me despierten a las nueve —dijo.

—Ted, ¿"quién" te va a despertar? —preguntó ella, maliciosa.

—Me habría gustado que fueses tú, pero visto el panorama, no faltará quien lo haga. Adiós, bonita.

Gainsdale cerró la puerta. En el mismo instante, oyó el característico ruido de algo frágil que se deshacía contra la madera del otro lado.

Rompió a reír. Wilma no había dado todavía por definitivamente concluido el romance, a pesar de sus manifestaciones.

* * *

"Polizón" se agrandaba rápidamente.

A bordo del O.E.S.7 reinaba un pánico espantoso. Todos sus ocupantes sabían que la colisión era inevitable.

En vano habían pedido socorro. Los acontecimientos se habían precipitado de forma increíble. Ya no había salvación para ninguno de los miembros del observatorio.

Dos de ellos, viendo su muerte inminente, la habían precipitado, mediante el expeditivo procedimiento de salir al espacio exterior sin traje de vacío.

Otros habían intentado escapar en las naves auxiliares. En vano.

Kahn, probablemente el único que mantenía la serenidad, dándose cuenta de que, hicieran lo que hicieran, su suerte estaba echada, había tomado una valerosa decisión: en la Tierra debían saber cuanto sucedía.

Ahora estaba solo en la cúpula del observatorio, contemplando la imagen del planeta, que se encontraba ya a menos de cien mil kilómetros. Extrañamente tranquilo, hablaba ante el transmisor

espacial, que enviaba sus palabras hacia la Tierra:

—A bordo reina el pánico y la confusión... —Dio dos nombres—. Se han suicidado, saliendo al espacio sin escafandra. Cuatro más, utilizando naves auxiliares, han intentado escapar... Todo ha resultado inútil... Una fuerza extraña atrae esas naves hacia la superficie de “Polizón”... Capto sus demandas de socorro..., pero no puedo hacer nada por esos desgraciados... Los motores de sus naves fallan por alguna causa inexplicable... Ahora los tengo en pantalla visual... Caen a enorme velocidad sobre la superficie de "Polizón"... ¡Dios mío! ¡*Arden como pavesas*!

Dos vivos chispazos acababan de producirse ante los ojos de Kahn.

—La velocidad que llevaban ha producido su destrucción, al quemarse por simple fricción contra la atmósfera del planeta, como si fuesen sendos fósforos... Temo que el O.E.S.7 correrá la misma suerte... Pero aún no hemos visto señales de seres inteligentes... Si existen, estarán escondidos... En estos momentos, la distancia del observatorio a la superficie de "Polizón” es de noventa y siete mil kilómetros...

De súbito, Kahn lanzó un gran grito:

—¡Oh, Señor! Esto es algo increíble, realmente fantástico... “Polizón” *está habitado*... Veo una enorme ciudad, gigantescas avenidas, grandes edificios, monumentos, templos...

El aumento del telescopio hacía que las imágenes resultaran nítidamente visibles. En la capa de nubes que cubría aquella zona del planeta se había producido repentinamente un gran claro y la soberbia ciudad, resplandeciente, había aparecido en toda su majestuosidad ante los ojos del valeroso observador.

Kahn vio también vastas áreas de vegetación, ríos, lagos, montañas, un océano que se perdía en el borde oriental, con respecto a su posición, picos nevados..., pero aunque la luz del sol, a seis mil millones de kilómetros, llegaba muy débil, era fácil ver también zonas verdes que supuso cultivadas.

—Hay alguna forma de iluminación de la atmósfera de “Polizón”, que también proporciona calor a sus habitantes —continuó hablando. Consultó un instrumento—. La distancia, ahora, se ha reducido a ochenta y dos mil kilómetros... Caemos hacia el planeta con enorme velocidad... El observatorio se incendiará como una simple hoja de papel en una chimenea... Todos los intentos que hemos realizado para escapar han resultado inútiles. Ignoro qué extraña fuerza emplean,

pero agotamos toda la energía del observatorio y ahora somos una hoja seca arrastrada por ese misterioso vendaval..

La mano derecha de Kahn se movió sobre un teclado.

—Envío imágenes de la ciudad —prosiguió—. Si un día vienen terrestres a investigar, sabrán con qué se encuentran... —Dio la fecha y la hora, terrestres, y continuó—: La distancia ahora es de setenta y tres mil kilómetros... Casi puedo ver la ciudad a ojo desnudo...

En el interior del observatorio se produjo de repente una brusca sacudida. Unas lámparas empezaron a centellear en el cuadro de mandos.

—Alguien ha querido terminar de una vez y ha abierto todas las compuertas... Por fortuna, el puesto central está herméticamente cerrado... Yo ya no podría salir de aquí aunque quisiera...

Kahn se sentía invadido por una extraña serenidad. Sabíase muerto y se daba cuenta de que la desesperación no aliviaría su suerte en modo alguno. Lo mejor, por tanto, era seguir transmitiendo, a fin de que en la Tierra tuvieran la mayor cantidad de datos posibles y, tal vez, un día pudieran defenderse de los extraños habitantes de “Polizón”.

—La distancia es de sesenta mil kilómetros y la velocidad aumenta por segundos —anunció—. Calculo que antes de media hora habré entrado en la atmósfera del planeta... La velocidad del observatorio, con relación al planeta, es de ciento treinta mil kilómetros por ahora.. Espero no pasar mucho calor cuando esto empiece a arder —agregó, con macabro humorismo.

Kahn manejó los mandos de aumento del telescopio de proximidad, pero una capa de neblina le ocultó la ciudad. Inmediatamente, transmitió el dato. Luego dijo:

—Es una lástima que no haya vino en este sitio. Brindaría por mí mismo... pero nunca permitieron el alcohol durante las guardias...

El observatorio, un enorme satélite que medía casi dos kilómetros de largo, se precipitaba hacia el planeta con aterradora velocidad. Kahn apenas si utilizaba ya la pantalla del telescopio. Pensaba que sus ojos eran mejor instrumento, al menos, para aquel breve placer que era la contemplación del cuerpo celeste, cuya esfera ocupaba ya la mayor parte del espacio situado frente al observatorio.

—La distancia es ya de veinticinco mil kilómetros... Veinticuatro...

¡Veinte! Faltan muy escasos minutos para la entrada en la atmósfera... La velocidad del O.E.S.7 es ya de ciento cuarenta mil...

Durante unos minutos, pensó Kahn, aunque confió en que sólo fuesen segundos, sentiría un intensísimo calor. Después..., la noche eterna en su cuerpo convertido en cenizas.

—Dieciséis kilómetros... Catorce... Diez...

Un minuto más tarde, percibió un leve siseo.

—Estoy entrando en las capas altas de la atmósfera del planeta. Mi muerte es ya cuestión de segundos. Estoy a setecientos kilómetros... Seiscientos... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto?

El siseo que indicaba el roce del observatorio con la atmósfera de “Polizón” se hacía ya cada vez más intenso. El termómetro interior saltó de pronto de 21 a 24° C.

Pero a Kahn ya no le preocupaba nada que no fueran las extrañas imágenes que tenía ante sus ojos. Con voz estrangulada por la emoción, dijo:

—Vienen a buscarme... No sé de dónde han salido... Parecen haberse materializado de repente... ¡Y no llevan escafandra espacial! Ya los veo... ¡No! Son... mujeres...

La voz de Kahn se apagó repentinamente. Su cabeza estaba doblada sobre el pecho. Ya no veía ni oía nada.

Escasamente cinco minutos más tarde, se produjo una vivísima llamarada a unos cien kilómetros de altura sobre la superficie del planeta. La violentísima fricción de la estación espacial con las capas superiores de la atmósfera produjo su incendio total, una fusión absoluta que convirtió al satélite en polvillo cósmico.

El O.E.S.7 había desaparecido.

# CAPITULO IV

—“Polizón” chocará contra la Tierra antes de año y medio —dijo Wilma—. Pero hay un medio de evitarlo, si quieres prestar tu colaboración, Ted.

Gainsdale miró a las personas que se hallaban en aquel laboratorio que calificó de supersecreto. Además de Wilma, había tres hombres de mediana edad, a uno de los cuales conocía sobradamente.

El hombre a quien conocía era Guillermo de Avila, director del CMI. Los otros dos le habían sido presentados como los profesores Ulimov y Amsterdill. Por el momento, sin embargo, Gainsdale desconocía su especialidad científica.

—Bien, veamos primero de qué se trata —dijo Gainsdale cautamente.

Ulimov, medio calvo, con el pelo gris sobresaliéndole en abanico a ambos lados del cráneo piriforme, y barbita en punta, adelantó un paso y señaló el extraño recipiente que había sobre una gran mesa de madera baja, con sólidas patas cuadradas. El mueble era de basta construcción, pero muy resistente.

Encima de la tabla había una doble capa de ladrillos refractarios, de treinta centímetros de grueso cada uno. Sobre éste había una caja abierta, de hierro, de sección cuadrada, medio metro de lado por veinticinco centímetros de altura. En el interior de la caja había un simple montoncito de tierra.

La caja, a su vez, estaba conectada a una toma de corriente por gruesos cables conductores. El metal de la caja despedía un calor insoportable. Se comprendía, porque estaba al rojo vivo.

—Señor Gainsdale, fíjese en ese montón de tierra —dijo Ulimov—. Supongo que no ve en él nada extraño.

—No, en absoluto. Sólo le falta un niño con un cubo y una palita —dijo el joven con buen humor.

—Por nada del mundo querría dejar a mi nieto que jugase con ese montón de tierra —contestó Ulimov muy serio—. Correría el riesgo de convertirse en polvo.

Gainsdale le miró atónito.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

Ulimov se volvió hacia su colega.

—Frank, por favor, ¿quiere rebajar la intensidad de la corriente en cien voltios solamente? —solicitó.

—Al momento, Iván —accedió Amsterdill.

Gainsdale le vio acercarse a la pared donde estaban los mandos. Amsterdill manejó el reostato y, casi en el mismo instante, el color rojo del hierro se oscureció un poco.

Unos segundos más tarde, el montón de tierra empezó a transformarse en polvillo grisáceo. Un minuto después, no quedaba del montón de tierra sino el equivalente al contenido de una cuchara sopera.

—Sigo sin entender —gruñó Gainsdale.

—Paciencia, Ted —le aconsejó Wilma.

—Frank, tensión normal —pidió Ulimov.

—Sí, Iván.

Ulimov se fue hacia un rincón del laboratorio, donde había un gran saco lleno de tierra. Al lado se veía una pala de mango más largo de lo habitual. Gainsdale vio que el científico extraía una palada de tierra y la vertía con todo cuidado en el interior de la caja de hierro, que había vuelto a tomar su coloración rojiza que tenía a su llegada.

—El montón de tierra permanecerá intacto, aunque caliente, claro está, mientras el hierro de la caja que lo contiene permanezca a una temperatura no inferior a los ochocientos cincuenta grados centígrados —explicó Ulimov—. Por debajo de esta cifra, se inicia un proceso de disgregación total de las moléculas, proceso que sólo se puede detener mediante una elevación de la temperatura hasta el punto ya señalado. Por si no lo ha comprendido bien, señor Gainsdale, le diré que ese proceso de disgregación es indetenible y que su rapidez de propagación es tal, que antes de un mes, nuestro planeta entero estaría convertido en polvo.

Gainsdale se quedó con la boca abierta.

—¡Arrea! —dijo—. Lo que son capaces de inventar algunos científicos.

Amsterdill meneó la cabeza:

—No lo hemos inventado —manifestó pesarosamente—. De mí sé decir, y también de mi colega el profesor Ulimov, que nos habríamos cortado la mano derecha antes de producir una sustancia de tan terribles propiedades. Es el fruto inesperado de un ensayo de laboratorio, aunque, por fortuna, supimos dar con el remedio antes de que fuese demasiado tarde.

—No me gustaría estar en un reservado con una chica guapa y ver que de pronto el suelo y los muebles se convertían en polvo —dijo Gainsdale, haciendo una mueca.

—Tú y la chica también os convertiríais en polvo —exclamó Wilma, vivamente picada.

—El no, doctora —corrigió Ulimov—, aunque sí su hipotética acompañante. Todos nos convertiríamos en polvo. Sencillamente, la Tierra dejaría de existir.

Gainsdale parpadeó.

—¿Quieren decir que yo soy inmune a ese producto? —exclamó.

—Así es. Dada la fórmula molecular del organismo humano, hay apenas dos docenas de personas en la Tierra capaces de tocar esa tierra y seguir viviendo —contestó Amsterdill—. Pero usted es el único con esa propiedad y que, además, posee el título de piloto de astronave.

—¿Empieza a comprenderlo ya, Ted? —intervino De Avila.

Los ojos de Gainsdale recorrieron, uno por uno, los rostros de las cuatro personas que se hallaban con él en el laboratorio.

—Eso significa que he de volar hasta “Polizón” y hacer una “siembra” de esta sustancia sobre su superficie —dijo.

—Exactamente —confirmó De Avila—. De este modo, “Polizón” se convertirá en polvillo cósmico y el peligro de destrucción de la Tierra se habrá esfumado.

* * *

Durante unos segundos, hubo un profundo silencio en la estancia. Luego, Wilma, dijo:

—“Polizón” está a punto de entrar en la órbita de Plutón, a unos

seis mil kilómetros de distancia de nuestro planeta. Su velocidad es cuatro veces superior a !a de la Tierra, lo que significa que recorrerá ese espacio en cosa de año y medio. Por tanto, tenemos tiempo de sobra, aunque no con exceso, para que salgas al encuentro de “Polizón” y lo destruyas.

Gainsdale se encaró con la joven.

—Supongo que los cálculos de tiempo y velocidad serán correctos —dijo.

—Sí —confirmó ella.

—Son seis mil millones de kilómetros, en cifras redondas. La Tierra, en un año, recorre novecientos cuarenta millones de kilómetros. Si “Polizón”, se desplazase por el espacio con la misma velocidad que la Tierra, la colisión se produciría aproximadamente dentro de seis años.

—Más o menos, en efecto.

—Pero “Polizón” vuela con una velocidad cuatro veces superior a la Tierra... Eso significa que la colisión se producirá dentro de unos dieciocho meses.

—Tu nave volará a cinco veces la velocidad de “Polizón”.

—Creo que entiendo. He de salir a su encuentro, aterrizar en su superficie y arrojar un puñadito de esta sustancia.

—Puede utilizar una pala. Si le hemos llamado a usted, ha sido para prever posibles contingencias —intervino Amsterdill.

—Naturalmente, habré de volar solo.

—No necesitará a nadie más, Ted —dijo De Avila.

Gainsdale se pellizcó el labio inferior.

—Cuatro veces la velocidad de la Tierra...

—Designamos ese dato bajo las cifras 4 V.T. —manifestó Ulimov —. En cuanto a la velocidad de su nave, se designará con las cifras 5 V.P.

—4 V.T. equivale a ciento diecinueve kilómetros por segundo. 5 V.P. es tanto como quinientos noventa y seis kilómetros por segundo —dijo Wilma.

—De todos modos, la sustancia contaminante estará en todo momento en el interior de una caja de hierro al rojo vivo —declaró Amsterdill—. La nave, por supuesto, estará dotada de un mecanismo de descarga automática, que permita mantener la temperatura de la caja, hasta el momento en que toque el suelo de “Polizón". Entonces, usted desconectará la corriente y lanzará unos puñados de esa tierra en las inmediaciones. Acto seguido, despegará y emprenderá el regreso.

Gainsdale elevó el dedo índice.

—¿Sí? —preguntó Ulimov.

—Demos por sentado que consigo mi objetivo. Al mes, “Polizón” se habrá desintegrado. Pero el polvillo cósmico en que se haya convertido, seguirá flotando en el espacio. Parte de ese polvillo seguirá la misma órbita... y un día, la Tierra entrará en esa nube. ¿No existe el riesgo de que la Tierra se contamine y se inicie el proceso de disgregación?

—No —respondió Amsterdill—, El frío del espacio exterior, que es de doscientos setenta y cuatro grados negativos, como usted, sin duda, no ignora, convierte a la sustancia disgregadora en un isótopo inofensivo por completo. Este proceso dura dos meses, aproximadamente, suficiente para que la Tierra entre en la nube de polvillo cósmico y salga por el otro lado sin sufrir el menor daño.

—Lo habrán comprobado meticulosamente, supongo.

—Hemos hecho todas las pruebas imaginables —aseguró Amsterdill—. Pero, como comprenderá, es mucho más fácil mantener una caja de hierro al rojo vivo que no en el vacío y a una temperatura de doscientos setenta y cuatro grados negativos. La sencillez, me parece, no está reñida con la eficacia.

—No, claro que no —convino Gainsdale—. Supongo que habrán dispuesto todo para que el transporte hasta la astronave se efectúe en las mejores condiciones.

—Está todo preparado —afirmó Ulimov—. Sólo nos faltaba la aquiescencia del único hombre que puede realizar esta operación.

—Ya —dijo el joven sarcásticamente—. El superhombre... Un nuevo héroe del siglo XXII... Estoy viendo que no me queda otro remedio que decir sí.

—Te lo suplicamos, Ted —intervino Wilma.

Gainsdale sonrió.

—¡Cuánto honor! —se burló—. Jefe —se dirigió a De Avila—, ¿para cuándo es la partida?

—Estamos terminando de alistar la nave —respondió el interpelado—. No tardará más de una semana en zarpar.

Gainsdale se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, voy a divertirme una semana —declaró.

Wilma apretó los labios.

—A veces, resultas absolutamente insoportable —exclamó.

—Nena, busco la diversión donde puedo encontrarla —contestó él intencionadamente. Y, en el mismo momento, llamaron a la puerta.

De Avila extendió una mano.

—Quieto ahí, Ted —ordenó.

Gainsdale se inmovilizó en el acto. De Avila se acercó a la puerta, hizo girar el tirador y abrió.

Un hombre apareció al otro lado. Llevaba una pequeña caja y un sobre de grandes dimensiones.

—Para usted, señor; es muy urgente —dijo.

—Gracias, Nelson.

De Avila cerró la puerta. Sus ojos estudiaron unos instantes la inscripción del anverso del sobre. Estuvo unos momentos pensativo y luego, acercándose a una mesa, situó la caja sobre el tablero y presionó una tecla. La caja era un magnetófono que contenía una cinta grabada.

* * *

La voz de Pete Kahn tenía unos singulares trémolos de emoción al transmitir su último mensaje:

—Estoy entrando en las capas altas de la atmósfera del planeta. Mi muerte es ya cuestión de segundos. Estoy a setecientos kilómetros... Seiscientos... ¡Oh, Dios mío! —clamó súbitamente—. ¿*Qué es esto*?

Hubo una pausa de silencio. Luego, una voz distinta informó:

—Aquí concluye el último mensaje de Peter Kahn.

De Avila presionó la tecla de cierre y se volvió hacia su escaso auditorio congregado frente a la mesa.

—Antes de morir, es indudable, Kahn vio una gran ciudad. Sin embargo, no supo o no pudo decirnos si estaba habitada o no. Sin embargo, la posibilidad de que esté habitada debe ser tenida en cuenta. Esa fuerza extraña que atrajo a las naves auxiliares, pilotadas por gente enloquecida de pánico, no debe de ser solamente, en mi opinión, una mera atracción gravitatoria de "Polizón”. Hay alguien en la superficie de ese planeta y, muy probablemente, seres de una tecnología avanzadísima, como acaso no podemos imaginar aquí siquiera. Pero el hecho indudable es que también ellos pueden desaparecer, si no evitamos la colisión.

—Hay un medio —dijo Ulimov.

—Me resisto a emplearlo, profesor.

—La Tierra debe salvarse, señor De Avila —afirmó Amsterdill.

De Avila se mordió los labios.

—Sí —admitió pesarosamente—. Hemos de salvarnos, a costa de la destrucción de otro planeta...

De pronto recordó el sobre. Al abrirlo, dijo:

—En el anverso se recomienda no examinar su interior hasta haber escuchado la grabación. Bien, vamos a ver qué es lo que contiene este sobre.

Había fotografías, infinidad de fotografías, la mayoría de una nitidez sorprendente. Todos los que se hallaban en el laboratorio pudieron contemplar con enorme estupefacción las imágenes que el desdichado Kahn había tomado de la ciudad de “Polizón” antes de que el O.E.S.7 ardiese como una pavesa.

# CAPITULO V

Los dedos de Jack Hattins tamborileaban sobre la mesa. Era el dueño de uno de los mejores casinos de Las Vegas, pero en muchas ocasiones se sentía insatisfecho. El negocio marchaba peor de lo que se aparentaba, aunque tampoco pudiera decir que era una ruina. Sin embargo, Hattins se hallaba sumido en una etapa de estancamiento, que le hacía sentirse muy deprimido en ocasiones.

En los últimos tiempos, sin embargo, le habían hecho una proposición y aún no sabía si aceptar o no. Realmente, desconocía al sujeto que le había hablado cuatro días antes. El nombre de míster Morris con que se había presentado el individuo le parecía falso, pero esto era algo que no preocupaba demasiado a Hattins.

Lo que realmente le tenía preocupado era la propuesta recibida. Doscientos cincuenta mil dólares por una tarea relativamente sencilla: secuestrar a Ted Gainsdale.

—Esa no es mi especialidad —había protestado Hattins cuando le propusieron el negocio.

—Su especialidad es ganar dinero —dijo Morris fríamente.

—Como usted.

—Sí, pero usted tiene hombres y experiencia. No, no se las dé de persona honrada; conozco demasiado bien sus antecedentes y sé todo lo que hizo hasta establecerse en Las Vegas. Usted puede hacer eso y lo hará, por un cuarto de millón.

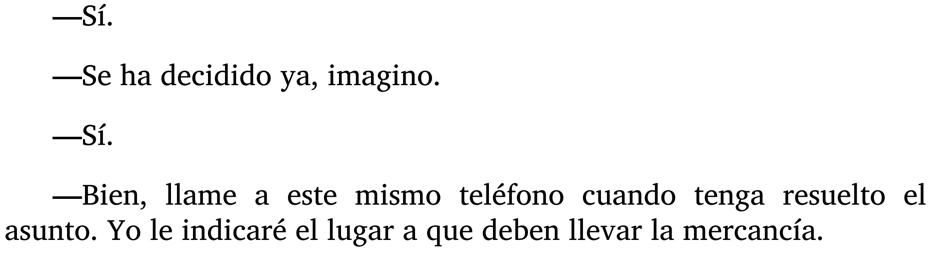
—Podría negarme…

—Antes de un mes, tendría cerrado el casino —había dicho Morris sin levantar la voz—. No queremos vernos comprometidos en el secuestro, pero sí podríamos dedicarnos a protestar de que hace trampas. Pudo salvar la cara con el incidente de Gainsdale, pero si esto se repitiese, ¿qué haría el consejo municipal con usted?

Hattins había llegado al fin a la conclusión de que no tenía otro remedio que hacer lo que le ordenaban. Resuelto, levantó el teléfono y marcó una cifra:

—¿Míster Morris?

—¿Hattins



—Sí.

—Se ha decidido ya, imagino.

—Sí.

—Bien, llame a este mismo teléfono cuando tenga resuelto el asunto. Yo le indicaré el lugar a que deben llevar la mercancía.

—De acuerdo. Pero el importe...

—Hoy mismo recibirá el cincuenta por ciento. Adiós, Jack.

Hattins se quitó el sudor con un pañuelo. Ahora se tomaría una ducha, pensó: a pesar del excelente funcionamiento del acondicionador de aire, estaba empapado de la cabeza a los pies.

Tocó una tecla del interfono y dijo:

—Buck, Shelly, venid.

Eran sus dos hombres de confianza. Tendría que pagarles generosamente, por supuesto. Veinticinco mil dólares por cabeza, pensó, serían más que suficientes para vencer sus escrúpulos.

* * *

Sentado en un alto taburete, Ted Gainsdale inclinó el rostro hacía la hermosa mujer que tenía a su lado.

—Vaya abismo —comentó.

Ella, halagada, se echó a reír.

—¿No serías capaz de lanzarte? —preguntó.

Gainsdale suspiró, con el rostro a menos de un palmo del espectacular escote femenino.

—Me gusta hundirme en ciertos abismos...

De pronto, alguien tocó con la mano en el hombro de la mujer.

—Eh, tú, largo.

Ella se volvió, lo mismo que Gainsdale.

—Ted, ¿quién diablos es ésta fulana?

Completamente seria, Wilma agarró por el pelo a la mujer y la tiró al suelo. La otra se levantó, sólo para recibir en la mandíbula un seco derechazo que la dejó sin sentido en el acto.

Los clientes de la taberna se sentían estupefactos. El asombro de Gainsdale no era menor.

—Pareces una leona —dijo, mientras contemplaba críticamente a la joven—. Y qué guapa estás...

—No me mires así, tipo lujurioso —protestó Wilma — He tenido que vestirme como una prostituta para poder entrar en esta cueva de vicio y disipación, ¿comprendes?

Gainsdale se echó a reír. Contra su costumbre, que era llevar pantalones en la mayoría de las ocasiones, Wilma se había puesto ahora un vestido de falda cortísima y con sólo dos diminutos trocitos de tela en la parte delantera, sostenidos por unos tirantes apenas visibles. El pelo castaño, corto, quedaba ahora oculto por una espectacular cabellera rojiza, en forma de esfera rizada, que tenía más de medio metro de diámetro.

—Está bien —dijo—. Lo siento, pero, por el momento, como no tengo ninguna obligación... Hasta pasado mañana no despego, ¿sabes, guapa?

Wilma hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos —ordenó secamente.

La accidental acompañante de Gainsdale empezaba a dar señales de vida, atendida por una camarera. Gainsdale dejó en su regazo un par de billetes.

—Lo lamento, nena —se despidió.

Wilma caminó, taconeando orgullosamente. Al entrar en el helimóvil, estacionado a poca distancia, dijo:

—No cambiarás nunca, nunca, Ted. Eres odioso, detestable. .

—Conocí a un amigo tuyo todavía más odioso y detestable. Se llamaba Bill Enright y jamás sentiste celos de él. Yo soy así, ¿qué quieres?

—A Bill Enright no le gustaban las mujeres... —Wilma se cortó de repente, dándose cuenta de que había picado.

—Por eso no sentías celos de él —rió Gainsdale desvergonzadamente—. ¿Adonde vamos? —inquirió a continuación.

—Al laboratorio. Hemos de hacer un ensayo del traslado de la caja con la sustancia D.A. a la astronave.

—Ah… Oye, ¿qué quiere decir D.A.?

—La A es de absoluta. La D puede significar destrucción, disgregación, desintegración… Lo que quieras, Ted.

—Maravilloso. D.A. —repitió él—. Cuando haya concluido esta misión, inventaré la sustancia A.T.H.M. ¿Sabes lo que significa?

—No. Dímelo, por favor.

—Amor Total Hacia Mí.

Wilma hizo una mueca de burla.

—Y yo inventaré otra sustancia antitética: D.T. Desprecio Total, para tu información.

Gainsdale se arrellanó en el asiento.

—La vida a tu lado será un paraíso: siempre riñendo, discutiendo, tirándonos los platos a la cabeza… ¡El colmo de las delicias!

—Estúpido. Por todo el oro del mundo no me casaría contigo, ¿me oyes?

—Pero no hace falta que grites tanto, preciosa. Oye, ¿cómo haremos el transporte de la D.A. hasta la nave?

—Hay un helifurgón especialmente acondicionado, con generador de alto voltaje, para el mantenimiento de la temperatura constante en la caja de hierro. El generador, la caja y demás forman un cuerpo, que será trasladado íntegramente. Una vez en su sitio, la caja será conectada al sistema de energía de la astronave.

—Y eso es lo que hemos de ensayar…

—Sí. Con un duplicado de todo, excepto, lógicamente, de la D.A. —Wilma se inclinó, pulsó una tecla y se levantó del asiento—. El aparato vuela ahora en automático. Voy a cambiarme de ropa.

—Lástima —se quejó Gainsdale—. Estás tan atractiva…

—Me siento desnuda —refunfuñó ella.

Cuando regresó, vestía un impersonal mono de color amarillo claro, lo que no impedía apreciar la esbeltez de su cuerpo. Gainsdale meneó la cabeza.

—Se veía más piel con el otro vestido, pero con este traje sí pareces absolutamente desnuda —dijo con aire crítico.

Ella se encogió de hombros.

—Tómalo como gustes —respondió fríamente.

Una hora más tarde, el helimóvil empezó a descender hacia la explanada situada al pie de la montaña, en donde se hallaba emplazado el laboratorio secreto. Wilma frunció el ceño al observar un detalle.

—El helifurgón no ha llegado todavía —dijo.

—No tenemos prisa —contestó él, displicente.

Momentos después, saltaban al suelo. Wilma miró a un lado y a otro, aparentemente inquieta.

—¿Sucede algo? —preguntó Gainsdale.

—Esto no me gusta —murmuró la joven—. No se ve un alma...

—Cuando yo llegué aquí por primera vez, sólo había dos guardias con aspecto de jardineros. Dijiste que no querían más vigilancia, a fin de no llamar la atención. Estarán por alguna parte, en su alojamiento tal vez.

—Sí, es probable. Bien, vamos.

El laboratorio era un sólido edificio de mampostería, de una sola planta. En apariencia, no tenía ventanas, aunque la realidad era que los huecos correspondientes estaban hechos de un material polarizable, que permitía graduar la luz a voluntad y ver desde el interior, sin que pudiera verse desde el exterior cuanto había o se hacía en el laboratorio.

Resuelta, Wilma abrió la puerta. Dio dos pasos y se quedó clavada en el suelo, frente a los sujetos que la encañonaban con sus pistolas.

—Pasa, pasa, hermosa —dijo Buck Thomas burlonamente—. Y usted también, tramposo.

—¡Los matones de Hattins! —exclamó Gainsdale.

* * *

Antes de cruzar el umbral, Gainsdale pudo ver a Ulimov y Amsterdill, tendidos en el suelo, atados y amordazados en el rincón opuesto del laboratorio. Pero ante la amenaza de las pistolas, del anticuado y efectivo modelo de pólvora, nada podía hacer.

—Bien, y ¿qué es lo que quieren estos buenos chicos? —preguntó con aire desenvuelto.

—Nos lo llevamos —contestó Shelly Crows.

—Nunca me imaginé que Hattins fuese tan rencoroso. Han pasado ya algunas semanas...

—Cierre el pico —dijo Raines de mal talante—, Shelly, ata a la chica.

—Venga acá, preciosidad —ordenó Raines.

Wilma se mordió los labios, pero acabó por acceder. Raines tenía ya preparado un fino cordón de seda, con el que ató sucesivamente muñecas y tobillos.

—Puesto que nos marchamos, no será necesario que le tapemos la boca —dijo cortésmente, cuando realizaba los últimos nudos.

Gainsdale no escuchó apenas aquellas palabras. Tenía la atención fija en Crows, situado a cuatro pasos de la mesa donde se hallaba la caja de hierros al rojo vivo. De súbito, lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado! ¡La caja va a estallar!

Sorprendido, Crows volvió la cabeza. Un segundo después, Gainsdale conectaba su puño derecho contra la mandíbula del matón.

Crows giró violentamente. Impulsado por la potencia del golpe, cayó hacia adelante. El instinto le hizo extender las manos para buscar un asidero, pero sólo encontró la caja de hierro.

—¡No! —gritó Wilma, aterrada.

Era ya tarde. Crows había metido sus manos en el interior de la caja, esquivando, en un desesperado esfuerzo, el contacto con el hierro al rojo vivo. Las palmas de sus manos se apoyaron en la tierra contaminada con la sustancia denominada D.A.

# CAPITULO VI

Inmediatamente, Crows dio un salto hacia atrás, a la vez que profería una espantosa interjección. Su compañero quiso ayudarle, pero Wilma, velozmente, adelantó los pies atados y le hizo caer al suelo de bruces.

Gainsdale saltó hacia adelante y se apoderó de una de las pistolas. Retrocedió dos pasos y encañonó a los matones.

—Quietos —dijo.

Crows y Raines se inmovilizaron en el acto. En la silla en que estaba sentada, Wilma lanzó una exclamación:

—Dios mío, ha tocado la tierra...

Ulimov y Amsterdill gruñeron a lo lejos. Tras un segundo de vacilación, Gainsdale acercó la pistola en la sien de Crows.

—Dígale a su amigo que los desate a todos —ordenó—. Le volaré la cabeza a usted si se niega a obedecer.

Crows tragó saliva.

—Buck, hazlo —dijo, suplicante.

—Ted, cuidado; no le toques con la pistola —advirtió Wilma—. Ese hombre está irremisiblemente contaminado.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —sollozó Crows.

—Pasa que se han metido las narices en un sitio del que hubieran debido mantenerse a mil kilómetros de distancia —contestó el joven malhumoradamente—. Vamos a ver, ¿quién les dio orden de secuestrarme?

—Hattins —confesó Crows de mala gana.

—Pero ¿por qué? ¿Tanto jaleo por dos mil cochinos dólares? —se extrañó Gainsdale.

—Nos va a pagar veinticinco mil a cada uno, pero eso es todo lo que sabemos —fue la sorprendente respuesta del matón.

Amsterdill estaba ya desatado y corrió hacia el sujeto, pero no se atrevió a tocarlo.

—A ver esas manos —pidió—. Las palmas, por favor.

Crows obedeció. Temblaba de pies a cabeza.

Ulimov llegó en aquel momento y frunció el ceño.

—Parece iniciado el proceso de disgregación —murmuró—. Aunque tal vez podríamos detenerlo...

—¿Cómo? —preguntó Wilma.

—Aguarde un momento, doctora.

Ulimov fue a un armario y hurgó en sus estantes. Momentos después, regresó con un tubo en las manos.

—Es un pulverizador de anestésico local —informó, con los ojos fijos en Crows—. Amigo, no sé si se salvará o no, pero nuestro deber, y el suyo, es intentarlo. Y tiene que hacerlo usted mismo, porque nosotros no podemos tocarle siquiera o moriríamos. ¿Entendido?

Crows estaba a punto de desmayarse.

—Sí... Haré lo que me digan...

—Voy a anestesiarle las manos. Usted, y sólo usted, tendrá que apoyar las palmas en el hierro al rojo vivo. Tal vez esto detenga el proceso de disgregación de sus moléculas... o tal vez no, pero si no lo hace, es seguro que antes de veinticuatro horas se habrá convertido en un puñadito de polvo.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, con voz temblorosa, Crows preguntó:

—¿Me... me garantiza que no sufriré ningún dolor?

—En el momento del contacto, no. Después... Bien, procuraremos atenderle lo mejor posible. Tendremos que curarle por telemando... —Ulimov se volvió hacia su colega—. Será preciso traer aquí todos los elementos de cura, incluida cama, ropas, alimentos y medicinas.

—Yo me encargaré de ello —dijo Amsterdill.

Raines, aterrado por algo que escapaba a su comprensión, no se atrevía a despegar siquiera los labios. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que su jefe no les había prometido veinticinco mil dólares por un simple secuestro. No, en aquel asunto había algo de enorme importancia que, sin embargo, escapaba a sus limitados conocimientos.

Ulimov volvió los ojos hacia el joven.

—Ted, no habrá ensayo de transporte a la nave, sino transporte definitivo —dijo.

—Bien, profesor —contestó Gainsdale.

—Atención, muchacho —exclamó Ulimov—. Alargue sus manos.

Crows obedeció. El chorro de líquido anestésico impregnó sus palmas y el arranque de las muñecas. Al cabo de unos segundos, Ulimov se retiró dos pasos y consultó su cronómetro.

—Cuando yo le ordene, pegue las manos al hierro candente, incluso el principio de las muñecas —dijo—. Estará así diez segundos, que contaré en voz alta. ¿Ha comprendido?

—Pero, doctor...

—¡Si no obedece —exclamó Ulimov con voz de trueno—, el señor Gainsdale le disparará un tiro y lo matará instantáneamente! Para nosotros resultará más cómodo quemar su cadáver con todo el laboratorio, ¿ha entendido? ¡Es su única oportunidad y no puede desaprovecharla!

Ulimov volvió los ojos al cronómetro. Alzó la mano derecha un instante y. de pronto, la bajó con fuerza.

—¡Ahora!

Crows apoyó las manos en el hierro al rojo vivo. Un horrible hedor a carne quemada se expandió en el acto por el interior del laboratorio. Indiferente a aquel espantoso olor, Ulimov contaba los segundos en voz alta. Cuando llegaba a seis, Crows empezó a flaquear.

Gainsdale tiró la pistola a un lado y saltó hacia el sujeto, agarrándolo por las muñecas, a fin de mantener la presión de sus manos sobre el hierro ardiente.

Wilma chilló, aterrada.

—No temas, muñeca —dijo Gainsdale —. Según parece, yo soy inmune la disgregación causada por la D.A. ¿O es un embuste lo que me contaron hace días?

Ulimov alzó su mano.

—¡Diez segundos! ¡Fuera!

Crows era ya sólo una cosa sin vida aparente. Gainsdale lo depositó en el suelo cuidadosamente.

—Profesor Ulimov —dijo el joven—, yo me iré, pero me gustaría que se pusiera en contacto con mi jefe. Cuando esté en el espacio, resultará interesante saber por qué estos tipos querían secuestrarme. ¿Está claro?

—Descuide, Ted.

Ulimov sacó a continuación un *spray* con aceites curativos para quemaduras y roció las palmas de las manos de Crows, que ofrecían un aspecto horroroso, Wilma estaba tan blanca como la nieve y parecía a punto de perder el sentido en cualquier momento.

Amsterdill, mientras tanto, hacía funcionar frenéticamente el videófono. De pronto, a través de una de las ventanas, Gainsdale divisó un enorme helimóvil, sin apenas forma aerodinámica, que más parecía un colosal cajón, descendiendo hacia la explanada.

—Bien —dijo—, si no me equivoco, ahí llega el helimóvil. Y ahora que lo pienso, voy a ver qué ha sido de los vigilantes.

Los vigilantes, tal como había calculado, estaban atados y amordazados en una de las habitaciones de su alojamiento. Gainsdale los liberó, ordenándoles a continuación dirigirse al laboratorio.

El furgón aéreo se situó a cuatro pasos de la puerta. Gainsdale en persona se encargó de transportar el cable eléctrico que debía ser conectado a la caja de hierro al rojo vivo. La conexión se realizó, sin que el metal cambiase apenas de color durante los cortos segundos de la operación.

Luego, la larga pluma de una grúa pasó a través de la puerta y se llevó la caja. Gainsdale vigilaba atentamente las operaciones. Al fin, la temible sustancia quedó en el *container* en que debía viajar hasta la astronave.

* * *

—Estamos curando a Crows —dijo Ulimov al día siguiente, cuando Gainsdale tenía ya un pie en la escalera que permitía el acceso a la nave—. Su compinche ha quedado en observación, por pura fórmula, claro.

—Han pasado ya veinticuatro horas y Crows sigue vivo. Eso es una buena noticia —sonrió el joven.

—No conviene que nos fiemos demasiado. Parece ser que las quemaduras anularon, al menos de momento, la acción de la D.A. Pero cabría la posibilidad de que se iniciara el proceso de disgregación, a pesar de todo. Entonces, la cosa iría con grandísima rapidez.

—Estarán preparados, sí ocurre una cosa así.

—Hay una docena de cisternas gigantes, con treinta mil litros de combustible de alto poder calórico. Caso de que Crows empiece a disgregarse, quemaríamos el laboratorio con cuanto contiene.

Gainsdale meneó la cabeza.

—Ojalá no sea necesario —deseó sinceramente—. Profesor, téngame informado de las pesquisas sobre mi secuestro.

—Váyase tranquilo. De Avila ha enviado una nube de agentes sobre Hattins. No tardaremos mucho en tener noticias sobre el particular.

Gainsdale tendió su mano al científico.

—Estaré mucho tiempo fuera —suspiró. Miró a todas partes—. Ella me ha defraudado —se quejó.

—¿Wilma?

—Sí. Pensé que vendría a despedirse de mí...

Ulimov estrechó la mano del joven.

—Buen viaje, Ted.

Gainsdale acometió la escalera, cuyos peldaños se replegaron automáticamente apenas se hubo cerrado la escotilla. Buscó el ascensor que le conduciría al puesto de mando y a los pocos momentos estaba sentado en el sillón del piloto.

Otro piloto había comprobado previamente todos los instrumentos. El joven no tuvo más tarea que conectar los motores y el mecanismo de despegue automático.

La nave, bautizada con el nombre simbólico de *Esperanza*, levantó el vuelo majestuosamente. Cuando estuviese en las inmediaciones de “Polizón”, Gainsdale tendría que realizar el aterrizaje manualmente.

Pero todavía faltaban muchos meses. En aquella semana, “Polizón”, a más de dos millones y medio de kilómetros por día, había

recorrido ya dieciocho millones de kilómetros.

Una fruslería, comparados con los casi seis mil millones que separaban a la astronave de su objetivo, pensó, mientras en una de las pantallas veía la imagen de la Tierra que se empequeñecía con sorprendente rapidez.

Transcurrieron algunos minutos. Todo iba bien a bordo. El sillón era muy cómodo. Gainsdale, en cierto modo liberado de la tensión de los días precedentes, empezó a relajarse

Y la relajación hizo que sus párpados se cerraran agradablemente.

De repente, sintió que había alguien más en la cámara de mando.

Irguióse ligeramente y volvió la cabeza. Desde el sillón contiguo, la doctora Wilma Farrar le dedicó una cálida sonrisa.

—Polizón a bordo, capitán —dijo alegremente.

* * *

La astronave, del último modelo, disponía de sistemas compensadores de gravedad artificial. El negro chorro de café humeante cayó sucesivamente sobre las dos tazas. ,

—No sé por qué, pero sospechaba que harías algo por el estilo —dijo Gainsdale minutos más tarde, en el comedor.

—Eres un embustero —rió ella—. Lo que menos esperabas era verme a bordo de tu nave. ¿Te disgusta?

Gainsdale hizo una mueca.

—El viaje va a ser largo. Durará meses. Nunca es agradable viajar solo y siempre gusta llevar un compañero, con el que compartir la monotonía del viaje. Pero en mi caso, tu presencia aquí va a significar algo muy parecido al suplicio de Tántalo.

Wilma le miró por encima de la taza de café.

—Es un aspecto de la cuestión enteramente nuevo para mí —respondió. La taza, lo sabía, ocultaba su ligera sonrisa.

—No te hagas de nuevas —refunfuñó él—. No eres una niña, sino una mujer hecha y derecha, próxima a los treinta años...

—¡Eh, eh, todavía estoy por cumplir los veintisiete! Comencé muy joven mis estudios de Astrofísica y, por si fuera poco, los aceleré

mediante la enseñanza por el sueño.

—Ah, sí, enseñanza por píldoras —dijo Gainsdale cáusticamente—. Pero esto desvía la cuestión de tu presencia en la nave.

—En toda astronave, en el botiquín, hay píldoras "tranquilizadoras" —dijo Wilma, maliciosa.

—Sólo calman el cuerpo, pero no la mente.

—Empiezo a sentirme disgustada contigo, Ted.

—¿Por qué? No he dicho nada que no sea verdad...

—Lo admito, pero todo lo que has dicho se ha referido a una mujer hermosa, vista solamente en su aspecto físico. ¿Acaso no tengo otras cualidades que una cara agradable y un cuerpo apetecible?

—Sí, las tienes, pero no es éste el momento de discutir. Ahora, cuando hayamos tomado el café, tendré que dar cuenta de tu presencia en la nave. No creo que a De Avila y a los profesores Amsterdill y Ulimov les guste mucho.

—Lo saben y están plenamente de acuerdo. ¿Quieres, que te diga, además, otra cosa? Discutimos los cuatro sobre la conveniencia de proporcionarte un compañero para este viaje. Amsterdill y Ulimov querían venir, pero De Avila les aconsejó que cedieran en mi favor. Si no me crees, llama por radio.

Gainsdale dejó la taza sobre la mesa.

—Demuestra que, además de una chica guapa, tienes otras virtudes... por ejemplo, tu habilidad en fregar los cacharros sucios —contestó con frialdad—. Yo tengo que conversar un rato con la computadora de la nave.

Gainsdale se encaminó hacia la cabina de mando. Durante largo rato, estuvo enfrascado en profundos cálculos acerca de la velocidad orbital, consumo de combustible y demás. De repente, vio una lámpara que centelleaba vivamente en el cuadro de mandos.

Alargó la mano y presionó la tecla de contacto:

—*Esperanza* —dijo—. Su comandante al habla.

—Hola, capitán Gainsdale. Soy Guillermo de Avila. Tengo noticias que comunicarle. Grabe esta conversación, puede serle útil más adelante.

—Está bien. Empiece cuando quiera.

—El director de la sección de Cálculo ha estimado que debe usted continuar el proceso de aceleración durante treinta minutos más, una vez haya alcanzado la velocidad programada. Sabemos que consumirá un exceso de combustible, que puede resultarle necesario a su regreso, para la deceleración previa al aterrizaje en nuestro planeta, pero cuando ese momento llegue, tendrá aguardándole una nave cisterna. Esos treinta minutos de más, en el período de aceleración, le van a conferir una velocidad de mil trescientos cincuenta kilómetros por segundo, en lugar de los quinientos noventa y seis calculados en un principio.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —se extrañó Gainsdale.

—Tenemos a "Polizón” constantemente bajo observación, como puede suponer. El observatorio de la estación de enlace número doce, que es la inmediata al desaparecido O.E.S.7 anuncia que la velocidad de “Polizón” se ha duplicado en las últimas horas, aunque, por fortuna, tiende a estabilizarse. Pero ahora vuela ya a doscientos treinta y ocho kilómetros por segundo. Por tanto, es preciso que alcance ese planeta lo más rápidamente posible y su nave necesita llegar a la velocidad prescrita. De este modo, el plazo de contacto se produce a menos de la mitad.

—Eso significa que alcanzaré a “Polizón”, aproximadamente, entre las órbitas de Saturno y Neptuno.

—Más bien en las inmediaciones de la segunda órbita mencionada —puntualizó De Avila.

—Perfectamente. Señor, ¿qué me dice de Buck Raines?

—Tiene las manos hechas polvo, pero sigue viviendo. No creo que se disgregue; han pasado casi cuarenta y ocho horas y, según Amsterdill, es tiempo más que suficiente para creer en su curación.

—Tengo un interés especial por conocer los motivos de mi secuestro dijo Gainsdale.

—Nosotros también. Le comunicaremos cuanto sepamos apenas sea posible. Adiós, Gainsdale.

El joven cortó la comunicación. Detrás de él, sonó la voz de Wilma:

—De modo que es preciso acelerar.

—Sí, parece que hay mucha prisa en que lleguemos al objetivo.

—Ya tengo ganas de conocer esa ciudad maravillosa —suspiró la joven—. Debe de ser algo fantástico, una sensación jamás experimentada… conocer y hablar con seres que no han nacido en nuestro planeta…

—Hermosa, si refrescas tu memoria, recordarás que esos seres tan "civilizados" destruyeron un observatorio espacial con todos sus ocupantes, lo cual significa que, si puedo, tomaré tierra en un punto muy lejano de esa ciudad, soltaré la carga y volveré a despegar inmediatamente —declaró Gainsdale con tajante acento.

# CAPITULO VII

—“...contenido los movimientos de pánico que ya se iniciaban entre la población terrestre, al anuncio de la colisión de un planeta intruso en el Sistema Solar. La calma ha vuelto y todos esperan y rezan porque el héroe alcance su objetivo. Las generaciones venideras hablarán con profundo respecto y admiración de Wilbur Jonathan Gainsdale, solo a bordo de su astronave, adecuadamente denominada *Esperanza*...”

Gainsdale lanzó un bufido y cerró el televisor, en el que había recogido un noticiario procedente de la Tierra. Detrás de él, sonó una risita.

—¿Cuántos monumentos erigirán a tu memoria, héroe? —dijo Wilma sarcásticamente.

—Héroe —repitió él—. Sí, la misma clase de héroe que aquel tipo que salvó al hombre que se ahogaba en el río. Cuando salió, preguntó quién era el hijo de perra que lo había empujado al agua.

—Ah, han hecho lo mismo contigo...

—Tú tomaste parte en el plan, así que no vengas ahora haciéndote la ingenua. Por otra parte, todavía no hemos alcanzado el objetivo.

—Llegaremos y tú arrojarás el D.A. sobre la superficie de “Polizón”.

Gainsdale, escéptico, meneó la cabeza.

—Ojalá salga como deseas —dijo.

—¿Crees posible un fracaso?

—Wilma, recuerda el último informe del pobre Pete Kahn. Algo atrajo a la superficie de “Polizón” a las naves auxiliares y luego al mismo observatorio. Si recuerdas que éste medía más de dos kilómetros de largo por casi cien de grueso y otro tanto de anchura, encontrarás que tenía, si no más, sí un volumen diez veces superior al de esta nave. Pero dadas sus dimensiones la masa, o si lo prefieres el peso, era cinco veces superior a la de esta nave. Por tanto, puede que aterricemos... pero, volver, ah, será otro cantar.

Wilma se puso seria de repente.

—Te sientes muy pesimista —dijo.

—Sólo siento un moderado optimismo hasta el momento del aterrizaje. Después...

Gainsdale calló. Wilma, preocupada, se mordió los labios.

De repente, la lámpara de la radio emitió un vivo centelleo.

Gainsdale dio el contacto. Habían rebasado ya la órbita de Marte, a unos ochenta millones de kilómetros de la Tierra, lo que significaba que, en aquellos momentos, se encontraban a unos doscientos treinta millones de kilómetros del Sol. Era preciso dejar pasar casi cuatro minutos entre las preguntas y las respuestas, dado que las ondas de radio no podían superar la velocidad de la luz. Gainsdale, por tanto, se limitó a esperar.

La voz de Guillermo de Avila había sonado, por tanto, casi doscientos cuarenta segundos antes:

—Gainsdale, tengo noticias para usted. El secuestro no tiene nada que ver con esta operación. Hemos averiguado la identidad de la persona que iba a pagar un cuarto de millón por su cabellera. ¿Recuerda a Mabel Stratterley? Bien, quería vengarse de usted, eso es todo. Adiós, hasta otra.

Atónito, Gainsdale cortó la comunicación.

—Conque era Mabel...

—¿Otra de tus conquistas? —preguntó Wilma, irónica.

—Una mujer demasiado absorbente y con una buena veta de histerismo. Lo nuestro duró una semana escasa. Pero tú tienes menos pelos en tu hermosa cabeza que ella millones en su cuenta corriente.

—¡Caramba! Debe de ser riquísima...

—En todos los sentidos, hasta que se la conoce. Oh, yo soy barato. Sé de uno por el que pagó dos millones, de modo que haz tú misma los cálculos en la evaluación de categoría.

Gainsdale se levantó.

—Una simple consecuencia de la igualdad de derechos —sonrió—. Hoy día, también las mujeres compran a los hombres.

* * *

Una semana más tarde, Gainsdale conectó el telescopio de largo alcance. La astronave había sido provista de los medios más sofisticados de observación y pronto tuvo a la vista la imagen del Planeta invasor del Sistema Solar.

La distancia, sin embargo, era todavía bastante grande para captar demasiados detalles. Pero no cabía la menor duda de que "Polizón" seguía una órbita inmutable.

Wilma contempló también la imagen del planeta. De repente, pensó algo que la hizo sentirse muy preocupada.

—Ted, sospecho que hay algo que se nos ha pasado por alto — dijo.

—¿Sí?

—Verás. Cuando se tuvo noticias de la existencia de "Polizón" y se hicieron los cálculos pertinentes, se llegó a la conclusión de que el choque se produciría en un lugar y una fecha determinados de antemano.

—Sí, es cierto.

—Pero ahora, la velocidad de "Polizón" se ha duplicado. Por tanto, debería alcanzar la órbita terrestre, mucho antes de que la Tierra pasase por el punto de colisión.

—Eso eliminaría el peligro —dijo él, esperanzado.

—No, no lo elimina, porque "Polizón" ha variado su trayectoria. Y eso significa que sus habitantes disponen de una colosal fuente de energía, que les permite dirigir a voluntad el rumbo de su planeta.

Gainsdale lanzó otra mirada a la bola blanca y azul que se hallaba en el centro de la pantalla telescópica.

—Será mejor que me dedique a hacer cálculos —dijo.

El resultado que obtuvo era descorazonador. Había un efectivo cambio de rumbo en "Polizón" y, lo que era peor, sus habitantes estaban dispuestos a no eludir la colisión.

—Están locos —dijo—. Si tienen una tecnología tan avanzada, ¿cómo se han dado cuenta de que ellos morirán también en el choque?

Aquella noche, en la soledad de su cámara permaneció largas horas desvelado. Los descubrimientos últimamente realizados le

hacían sentirse muy deprimido. Empezaba a dudar de su misión.

De pronto, oyó que se abría la muerta. Una sombra blanca avanzó silenciosamente hacia la cama y se sentó en el borde.

—No puedo dormir, Ted —dijo Wilma.

—Estás preocupada—adivinó él.

—Sí. Tú tenías razón: no hay motivos para sentirse optimistas. Quizá no lleguemos siquiera a poner el pie en la superficie de “Polizón”.

—Hay una cosa en la que quizá no has reparado, Wilma.

—¿Qué es, Ted?

—Si sus habitantes han variado el rumbo, al objeto de alcanzar a la Tierra en determinado punto de su órbita, ¿cómo no se ha dado cuenta de que también ellos van a morir?

—No es eso lo que más me preocupa, Ted. Ellos tienen que saberlo a la fuerza. Nadie se suicida cuando sabe que todo le marcha bien.

—No entiendo...

—Para mí, está bien claro. Simplemente, pretenden expulsar a la Tierra de su órbita.

Gainsdale se quedó sin aliento.

—Diablos —murmuró—. No se me había ocurrido...

—Si poseen una clase de tecnología que les permite dirigir su planeta en el rumbo deseado, ¿por qué no han de tener la suficiente fuerza para lanzar a la Tierra a las profundidades del espacio, allá donde nunca hay luz y donde reinan los fríos eternos?

Hubo un instante de silencio. Luego, la joven añadió:

—Miles de millones de seres humanos morirán por falta de calor, lo mismo que los demás seres vivientes, las plantas... Los mares y los ríos se helarán primero; luego, la atmósfera se congelará y, al final, la Tierra no será sino una bola cubierta de hielo que vagará por el espacio, cómo un cuerpo muerto... absolutamente muerto.

—Olvidas una cosa, Wilma. Nadie morirá de frío... todos morirán antes, en la serie de catástrofes que se producirán cuando la Tierra sea arrancada a su secular órbita. Por suave que sea el impulso, se

producirán una serie de cataclismos que acabarán con nosotros en pocos días... tal vez en horas. Los mares saldrán de sus lechos e invadirán la tierra firme; las montañas se derrumbarán; se abrirá la corteza terrestre...

—Y no podremos evitarlo.

De pronto, Gainsdale atrajo a la joven hacia sí.

Bajo el liviano camisón, Wilma temblaba como una azogada. Gainsdale se dijo que Wilma no era ahora sino una débil mujer necesitaba de consuelo.

Buscó sus labios. Ella no se resistió ahora y le besó frenéticamente, como si quisiera concentrar en aquellos momentos todo el ardor de su existencia.

—Viviremos muy poco... —jadeó.

—¿Quién sabe? —murmuró él.

Más tarde, Wilma se durmió, con la cabeza apoyada en su pecho. Gainsdale contempló las estrellas a través de la lucerna de su cámara. ¿Cuánto más tiempo podrían verlas?, se preguntó.

* * *

“Polizón" estaba ya a la vista.

La distancia de la nave al planeta era algo inferior a la existente entre la Tierra y la Luna. Los mecanismos automáticos se cuidaban de la deceleración. Gainsdale se ocuparía únicamente de la maniobra de aterrizaje.

La pantalla telescópica, sin embargo, hacía posible captar más detalles de la superficie del extraño planeta.

—Hay algo que me intriga sobremanera, Wilma —dijo Gainsdale de pronto.

—¿Sí, Ted?

—Durante mucho tiempo, ignoramos cuánto, aunque no es un dato relevante, “Polizón” ha viajado por el espacio, lejos de toda fuente de calor. Realmente, su superficie tendría que estar helada y eso no ha sucedido nunca, si pensamos en la fotografías tomadas por Kahn. “Polizón” se veía como una segunda Tierra, como si estuviera situada bajo nuestro sol... ¿Te das cuenta de lo que quiero decirte?

—Desde luego, aunque supongo que eso lo averiguaremos cuando lleguemos al suelo, ¿no te parece?

—Así es. Y ahora que lo dices, voy a comprobar una cosa. Sigue aquí por favor.

Gainsdale se levantó y abandonó la cámara de mando. Cruzó unos cuantos corredores y descendió a través de dos cubiertas. Finalmente, entró en una espaciosa bodega, en cuyo centro se veía la caja de hierro, constantemente al rojo vivo.

El montón de tierra contaminada con la D.A., habría apenas tres kilos, continuaba intacto. Gainsdale lo contempló pensativamente. ¿Cuánto tiempo tardaría en completarse el proceso de disgregación? ¿Un mes?

En ese espacio de tiempo, “Polizón” habría rebasado ya la órbita de Júpiter. ¿Era cierto que el polvillo cósmico resultante sería inofensivo? Porque permanecería mucho tiempo en el espacio y la Tierra, inexorablemente, atravesaría la nube. No obstante, se dijo, era preciso confiar en la palabra de Ulimov y Amsterdill.

La Tierra se salvaría, sí, pero al precio de la destrucción de miles de vidas también humanas. ¿No habría forma de convencer a los gobernantes de “Polizón”, cualquiera que fuese su título, de que lo mejor era evitar la destrucción del planeta?

Sin dejar de pensar en el mismo tema, revisó todos les mecanismos. Una potente grúa haría descender a la superficie de “Polizón” todo el conjunto de la caja de hierro y el generador que la mantenía constantemente a la misma temperatura. Después, bastaría desconectar y arrojar algunos puñados de la tierra contaminada por los alrededores. A fin de evitar futuros peligros en el viaje de regreso, incluso la grúa sería expulsada automáticamente de la nave.

Pero ¿habría viaje de vuelta?

Repentinamente, sonó la voz de Wilma a través de un altoparlante:

—¡Ted! ¡La nave acelera!

Gainsdale dio media vuelta y corrió hacia la cámara de mando. Al entrar, Wilma le señaló una espera indicadora.

—Mira —dijo—. Habíamos rebajado ya la velocidad a unos pocos kilómetros por segundo y la deceleración era constante. Ahora nos acercamos a “Polizón” a diez mil quinientos metros por segundo.

Gainsdale frunció el ceño.

—Haré una prueba —manifestó.

Sus dedos se movieron ágilmente por el teclado de instrumentos. Después de presionar varias teclas, apoyó el índice en una de tamaño algo mayor.

Al fondo se percibió un sordo ruido. La nave se estremeció, pero no disminuyó su velocidad.

—Los sistemas de freno actúan, pero no reducen la velocidad de la nave —dijo, al cabo de unos segundos.

Luego miró hacia la superficie del planeta. Caían inexorablemente.

—Después de lo que dijo Kahn, era demasiado pedir un aterrizaje tranquilo —dijo amargamente.

Poco más tarde, entraron en la atmósfera de “Polizón”. Wilma se le abrazó estrechamente.

—Antes de un minuto, arderemos como pavesas —profetizó lúgubremente.

# CAPITULO VIII

De repente, inexplicablemente, la nave perdió velocidad.

El siseo producido por la fricción se redujo considerablemente. Gainsdale empezó a abrigar esperanzas de sobrevivir.

—Todavía puede ocurrir un milagro —exclamó.

Estaban ahora a menos de cien kilómetros del suelo. Gainsdale recordó las últimas frases de Kahn.

Un profundo pliegue apareció en su frente. ¿Qué había visto Pete segundos antes de morir?

Kahn había dicho:

—¡Oh, Dios mío! *¿Qué es esto*?

Pero su comunicación se había cortado en este punto. ¿Qué había visto Kahn?, se preguntó una vez más.

Súbitamente, unos puntitos oscuros aparecieron ante sus ojos, ascendiendo a gran velocidad hacia la nave. Wilma los vio también.

—¡Ted! —gritó.

Gainsdale tenía los ojos fuera de las órbitas.

—In... creíble... —tartamudeó.

Ahora captaba más detalles. Sí, eran mujeres... todas ellas jóvenes, de largas cabelleras flotantes, de varios colores, escasamente vestidas y con una especie de lanza en la mano derecha. A la espalda llevaban un minúsculo propulsor, poco más grande que un pulverizador corriente.

—Vienen hacia aquí, Ted —chilló la joven.

—Quédate en la cámara —ordenó Gainsdale—. Saldré a recibirlas. Indudablemente, debe de haber un medio de comunicación con esas amazonas espaciales.

Wilma asintió. Gainsdale corrió a la cubierta inferior, donde se hallaba una de las entradas. La compuerta interior era transparente y le permitió ver el espacio cuando abrió la exterior.

Una de las mujeres apareció ante la escotilla. Gainsdale, admirado se preguntó cómo era posible que pudieran sobrevivir en el vacío sin escafandra. La amazona, de pelo negro, largo y suelto, robusta, pero perfectamente proporcionada, abrió la boca y dijo algo que el terrestre no pudo escuchar.

Segundos después, media docena de mujeres se presentaron ante la escotilla. Gainsdale les hizo señas de que pasaran a la esclusa. Cuando estuvieron en el interior, cerró la compuerta externa, equiparó la presión y luego hizo funcionar el mando de apertura de la compuerta interior.

Una de las jóvenes adelantó resuelta hacia él.

—Eres Ted Gainsdale —dijo.

El terrestre se quedó atónito.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó, doblemente admirado porque la amazona, además, hablaba perfectamente su idioma.

Ella emitió una sonrisa sibilina.

—Lo sé y basta —contestó—. Yo me llamo Nittya y tengo orden de llevarte a presencia de nuestra reina Ossynia.

Gainsdale parpadeó, Nittya había hablado en singular. Por tanto, ignoraba la presencia de Wilma en la astronave. Lo mejor era, se dijo, callar sobre el particular.

—Perdona, pero tengo que pilotar la nave para el aterrizaje...

—No te preocupes; tu nave llegará al suelo en perfectas condiciones.

—Bien, pero, al menos, deja que me ponga el traje de vacío.

—No te hará falta; nosotras te proporcionaremos uno que hemos traído a prevención.

Aquellas palabras confirmaron a Gainsdale en sus primeras suposiciones. Desconocían la presencia de Wilma a bordo de la *Esperanza*. Bien, él callaría... Wilma tenía la suficiente inteligencia para actuar por sí sola, en un caso de emergencia.

Nittya hizo una señal y una de las amazonas le colgó a la espalda un aparato idéntico al que llevaban todas. Entonces, Gainsdale creyó ver que las mujeres estaban rodeadas de un aura muy tenue, que tenía

la forma completa del cuerpo.

“Una nueva especie de traje de vacío, por supuesto, mucho más cómodo que los nuestros”, dedujo.

Por lo demás, la indumentaria de las mujeres era harto liviana: una especie de sujetador, con cazoletas pectorales semiesféricas y unos pantaloncitos cortos, muy ajustados a sus espléndidas caderas. El calzado consistía en unas botas que llegaban hasta la mitad de la pantorrilla, con tacones de cuatro centímetros. Aparte del tubo situado a la espalda, la lanza, un tanto más gruesa que lo que debiera haber sido, era todo cuando componía el equipo de aquellas hermosas jóvenes.

Una de ellas puso una lanza en su mano.

—Es nuestro propulsor —dijo Nittya—, Sujétalo por aquí… —Le indicó el lugar exacto—. Con una mayor o menor presión del pulgar y orientando la punta adecuadamente, podrás viajar hasta el lugar deseado.

—Muy bien —dijo Gainsdale.

Wilma, supuso, tendría la sangre fría suficiente para hacer salir la caja de hierro al exterior. En cuanto a él, ya se las arreglaría para escapar, una vez hubiese conocido a la reina de aquel extraño planeta que, al parecer, estaba poblado únicamente por mujeres.

Nittya tocó un resorte situado en la cúspide del tubo que tenía a su espalda.

—Ahora ya puedes viajar sin temor por el espacio —sonrió.

—Ardo en deseos de conocer a vuestra reina —aseguró él.

Nittya le dirigió una extraña mirada.

—No tardarás mucho, créeme —respondió—. ¡Vamos!

Pasaron sucesivamente por las dos compuertas. Luego, rodeado por las amazonas, Gainsdale se lanzó hacia el planeta, que se hallaba ya a menos de cincuenta kilómetros de distancia.

Mentalmente, dirigió un mensaje a Wilma:

“Actúa según tu criterio."

Pero era más bien un deseo. Sin embargo, confiaba plenamente en la joven doctora Farrar.

* * *

La ciudad, espléndida, resplandeciente, se alzaba ante sus ojos, en una extensísima colina, de suaves laderas, rodeada de bosques de inigualable belleza. Gainsdale, atónito, comprobó que todos los edificios eran de mármol purísimo. Al menos, tenían el aspecto de mármol y un vago estilo antiguo terrestre, que los hacía parecer griegos o romanos en ocasiones.

Apenas pusieron el pie en el suelo, fuera de los límites de la ciudad, Nittya dio una orden y le quitaron la cápsula de aire y la lanza. Momentos después, Gainsdale, cuyo asombro no se disipaba ni por un momento, vio aparecer una enorme carroza, de cuatro ruedas, tirada por ocho cuadrúpedos muy parecidos a los caballos terrestres.

¿Por qué no seguimos volando con los propulsores? —se extrañó.

—Está prohibido por la ley. En la ciudad, sólo se pueden usar estos vehículos o bien las aceras deslizantes —respondió Nittya—. Sube, por favor.

La carroza era descubierta y tenía dos bancos, agradablemente mullidos. Una hermosa amazona era la conductora. Nittya se sentó junto al joven y el vehículo se puso en marcha inmediatamente.

El camino, que atravesaba el bosque, era absolutamente liso, por lo que los movimientos de la carroza eran apenas perceptibles. Un cuarto de hora después de haber emprendido la marcha, salieron a terreno descubierto.

Los primeros edificios se hallaban solamente a unos quinientos metros. El suelo, el leve pendiente, estaba cubierto de verde y jugosa hierba. Pero, inesperadamente, Gainsdale vio algo que le heló la sangre en sus venas.

—¡Para! —gritó instintivamente.

La conductora hizo frenar la marcha a sus caballos. Gainsdale se puso en pie. Estupefacto, contempló la alta valla metálica, al otro lado de la cual se divisaban unos centenares de hombres jóvenes y en perfecto estado de salud, al menos a primera vista.

En el interior de lo que parecía un campo de prisioneros había algunos cobertizos, varias fuentes de agua y los correspondientes servicios sanitarios. Pero eso era todo.

—Nittya, ¿qué han hecho esos hombres? —preguntó Gainsdale—.

¿Son criminales?

Ella sonrió ambiguamente.

—¿Por qué no esperas a conocer a nuestra reina? Ossynia tendrá un gran placer en explicarte las características de nuestro planeta, que se llama Thorbud y no "Polizón", como vosotros decís.

Gainsdale se quedó aterrado, porque aquella respuesta, sin necesidad de más detalles, le hablaba bien a las claras de un perfectísimo servicio de información de Thorbud.

Nittya movió una mano, para dar a la conductora la orden de reanudar la marcha. Repentinamente, una voz humana brotó del otro lado de la alambrada:

—¡Capitán Gainsdale! ¡Ted!

El joven volvió la cabeza. Atónito, sintiéndose lleno de estupefacción, reconoció a Pete Kahn.

* * *

Las manos de Kahn se aferraban crispadamente a los alambres de la red que cerraba el campo de prisioneros. Movido por un impulso irresistible, Gainsdale dio un tremendo salto y corrió hacia el terrestre.

—Pete, amigo mío, ¿qué haces aquí? —preguntó, al hallarse junto a la valla.

—Ellas me trajeron prisionero... Soy el único superviviente de la O.E.S.7, capitán.

—Pero... no entiendo...

Kahn hizo una mueca

—Una vez por semana, me sacan de aquí y paso la noche con una de esas harpías... Sí, son muy hermosas por fuera, pero por dentro son verdaderas fieras... ¿Has oído hablar de la *mantis religiosa*? Devora al macho durante la cópula...

Gainsdale se quedó aterrado al oír la respuesta.

—Pero estás vivo —alegó.

Kahn torció el gesto.

—Me quedan dos noches —respondió—. Mi última pareja, a lo que

se ve, no quedó fecundada. Mañana vendrán a buscarme. Una cena apetitosa, ambiente agradable, penumbra... Después, me eliminarán.

Gainsdale se pasó una mano por el rostro.

—Nunca creí que pudiera suceder una cosa semejante —dijo.

En aquel momento, Nittya le llamó desde el carruaje:

—¡Ted, ven!

—Espera —contestó él malhumoradamente—. He de hablar con mi amigo. Pete, cuéntame cosas...

—Cuidado, ahí viene esa fiera.

Gainsdale se volvió. Nittya avanzaba hacia él, con ojos brillantes por la ira.

—Te he llamado —dijo.

—Quiero hablar con este amigo. Nos conocíamos desde hacía muchos años —respondió Gainsdale abruptamente—. Lo llevé como navegante en dos viajes espaciales...

Nittya tenía en la mano una delgada varilla, de metal negro, rematada en una contera dorada. De pronto, tocó la mejilla de Gainsdale con la contera y el joven se desplomó fulminado al suelo.

— ¡Perra! —gritó Kahn.

Nittya alargó la varita, pero Kahn, ágil, saltó hacia atrás, evitando el contacto.

—Es un hombre listo —dijo—. Vendrá a rescatarme.

Gainsdale empezó a rebullir. Había recibido una especie de descarga eléctrica, que le había privado del conocimiento durante unos pocos segundos. Pero el choque había resultado muy fuerte.

Muy débil todavía, consiguió incorporarse. Nittya lo volvió sin dificultad a la carroza.

—No vuelvas a desobedecerme —dijo con severidad.

Gainsdale se desplomó sobre el asiento. El vehículo arrancó de nuevo. Todavía desmadejado, Gainsdale apenas si se fijó en las extensas avenidas y en los soberbios edificios que le salían al paso. La animación en las calles era escasa y sólo se veían mujeres, jóvenes y

bien parecidas en la mayoría de los casos.

—He caído en el planeta de las amazonas —murmuró.

—Exacto —corroboró Nittya con una divertida sonrisa

Gainsdale volvió la cabeza.

—Necesitáis a los hombres solamente para el apareamiento. Es de suponer, que cuando una de vosotras da a luz un varón, lo condenáis a muerte.

—No a todos necesariamente. Es preciso cubrir las bajas.

—¿Cómo?

—Un hombre, cuando llega a la edad adulta, debe fecundar, por lo menos, a una de nosotras. Entonces, se le conceden dos años de vida. Después, es destruido.

Una horrible visión de la existencia, pensó Gainsdale. Sí, Thorbud debería ser destruido.

Y no sólo por el peligro de colisión con la Tierra o porque ésta fuese a ser expulsada de su órbita. Pero, al destruir Thorbud, ¿no condenaba también a muerte a unos inocentes?

Era un dilema acongojante y, por el momento, no se sentía en condiciones de hallar una respuesta satisfactoria.

Minutos más tarde, la carroza se detuvo ante un colosal edificio, en cuya fachada se veía una larga serie de gigantescas columnas de mármol. Nittya se apeó de un salto.

—Ven —dijo.

Gainsdale, mansamente, obedeció.

* * *

A través de enormes escalinatas de resplandeciente mármol y corredores interminables, Gainsdale fue conducido a un piso situado en lo más alto del que supuso palacio de la reina Ossynia. Había algunas amazonas que parecían más bien una guardia decorativa que efectiva, ninguna de las cuales le concedió sino miradas de indiferencia. Finalmente, Gainsdale pasó a una vasta estancia, amueblada muy sencillamente, aunque con un lujo inusitado.

Nittya le señaló una puerta situada al fondo.

—Allí tienes un baño. Encontrarás ropas limpias —dijo.

Instantes después, Gainsdale se quedaba solo. Lo primero que hizo fue acercarse a una de las ventanas. Quiso asomarse, pero su frente chocó contra un cristal de absoluta dureza.

Tanteó el vidrio con los nudillos. Probablemente, era irrompible, de modo que no cabía pensar en la ventana como medio de evasión. Además, ¿adonde iba a ir, si desconocía por completo el país al que había llegado?

Luego pensó en Wilma y se preguntó qué haría la joven sola en la nave. ¿Tendría la suficiente fortaleza de ánimo para sobreponerse a las adversidades?

Puesto que, por el momento, no podría solucionar nada, se encaminó al baño y empezó a desvestirse. La bañera era enorme y casi parecía una piscina. Media hora de relajamiento en agua templada le hizo sentirse mucho mejor y contemplar el porvenir con moderado optimismo.

—Aún no está perdido todo —se dijo.

Cuando salió, vestido con una blusa holgada y pantalones cortos, encontró una bandeja repleta de comida sobre una mesa.

Aparte de que tenía apetito, era preciso que conservase íntegras sus fuerzas físicas. Los manjares, aunque de sabor muy agradable, le resultaron desconocidos, había también frutas muy dulces y un exquisito vino, del que bebió varias copas, al darse cuenta de su escasa graduación alcohólica.

—Ahora sólo me falta una copa de buen brandy y un habano —suspiró.

Pero debía conformarse con lo que le habían servido. Mientras esperaba, pensó una vez más en aquel extraño mundo, en el que los hombres servían meramente para propagar la especie. Una vez cumplida su función reproductora, eran eliminados sin piedad.

Tal vez era una costumbre iniciada siglos antes. Ahora, los hombres, calculó, eran muy inferiores en número a las mujeres. Un diabólico plan, establecido desde tiempo inmemorial, había dejado solamente los justos para que la raza se perpetuase, sin que su número, al hacerse excesivo, pudiera poner en peligro el predominio de las mujeres.

Si todos les hombres de Thorbud estaban en aquel horrible campo de prisioneros, su número, probablemente, no llegaba a los quinientos.

Repentinamente, se abrió la puerta.

Una hermosa mujer, alta, de formas esculturales, vestida con una sencilla túnica escarlata, entró en la estancia.

Gainsdale se puso en pie. Creyó que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

Si aquella mujer era Ossynia, reina de Thorbud, él la conocía desde hacía bastantes años.

Seis años antes, había sostenido un apasionado romance con la mujer. Pero entonces ella se hacía llamar Mabel Stratterley.

# CAPITULO IX

Ella sonrió al captar el asombro que se pintaba en el rostro de Gainsdale.

—Te extraña verme aquí —dijo.

El joven asintió. Aún no se había recobrado de la sorpresa recibida.

—Soy Ossynia, aunque durante mi estancia en tu planeta, usaba el nombre de Mabel Stratterley —continuó ella—. Hubo algo entre nosotros, si mal no recuerdo.

—Por fortuna, duró poco y, además, no dejó rastros. Mabel...

—Oh, oh, ya no estamos en la Tierra. Estamos en Thurbod y mi nombre es Ossynia, no lo olvides.

—Muy bien, a tu gusto. ¿Puedo preguntarte qué piensas hacer conmigo? Quieres tener un hijo mío y luego eliminarme, como hacéis con los demás varones?

Ossynia sonrió maliciosamente.

—Quizá esta ley se derogue, pero cuando hayamos llegado al sitio donde debemos estar —contestó.

—Ossynia, ¿sabes que Thurbod va a colisionar con la Tierra? Los dos planetas se destruirán...

Sonó una alegre carcajada.

—No seas ingenuo —dijo ella—. ¿Cómo puedes creer que íbamos a permitir semejante desastre?

—Ah, no...

—Para Thurbod, no habrá peligro alguno —aseguró Ossynia rotundamente—. Para la Tierra, sí, desde luego, porque vamos a desalojarla de su órbita.

Así, pues, pensó Gainsdale, Wilma había adivinado la verdad.

Procuró calmarse. Un exceso de nervios no le llevaría a ninguna parte.

—Y, ¿cómo piensas hacerlo? —preguntó.

Ossynia movió una mano.

—Sígueme —indicó.

Al volverse, una pierna larga, esbelta, de piel de seda, quedó enteramente al descubierto. Sí, Ossynia era una mujer realmente hermosa..., pero debía de ser mucho mayor de lo que aparentaba. “En todo caso, parece una joven de veinticinco años, todo lo más”, pensó él.

Ossynia le guió a través de un discreto corredor, hasta llegar a una puerta, que se deslizó silenciosamente a un lado, apenas se aproximó a ella. Cruzó el umbral, seguida por Gainsdale, y se detuvo junto a la barandilla de un espacioso balcón que, sin embargo,, no daba al exterior.

Pasmado de asombro, Gainsdale vio lo que parecía una gigantesca sala de control. Una de las pantallas medía casi veinte metros de largo por diez de altura. Había otras más, sin duda pertenecientes a detectores cuya función no era capaz de imaginar el terrestre. También se veían unas enormes computadoras y paredes llenas de luces que oscilaban constantemente, en un polícromo centelleo que, en cierto modo, resultaba agradable de contemplar.

En el suelo de la enorme estancia, cuyo techo estaba a treinta metros de altura, había unos cuantos pupitres. El personal que atendía a los distintos instrumentos era, sin embargo, muy escaso: tres jóvenes atendían a los distintos controles, absortas en su trabajo y sin prestar la menor atención a sus dos espectadores.

—Desde aquí lo controlamos todo —dijo Ossynia—, Incluso gobernamos a voluntad la órbita de Thurbod. Por supuesto, hay un sistema de luz y calor difusos, en la atmósfera, que nos ha permitido sobrevivir en este largo viaje a través del espacio. Y no lo empezamos nosotras, sino nuestras antepasadas, cuando el sol que nos alumbraba dio inequívocas muestras de agotamiento. Entonces, empezó a prepararse todo lo necesario para la peregrinación que un día nos llevaría a establecernos en la órbita apropiada.

—La de la Tierra.

—Exacto. Vuestro Sol posee las mismas características que el nuestro, con la ventaja de que habrán de pasar varios miles de millones de años antes de que se apague —orgullosa, Ossynia se volvió hacia su invitado—, Así conseguiremos sobrevivir, Ted.

Gainsdale procuró mantener la serenidad. Era inútil hacer preguntas sobre tecnología. Cientos de años antes, los científicos thurbodianos habían empezado a trabajar. Ahora tenía el resultado a la vista. Los habitantes de aquel planeta habían llegado a crear una poderosísima fuente de energía, que lo hacía moverse por el espacio con la misma facilidad que una vulgar astronave terrestre de pasajeros.

—Hay algo que, sin embargo, no acabo de entender —dijo.

—¿De qué se trata?

—Tú vivías en la Tierra con otro nombre...

—Fuimos varias las que partimos para explorar los mundos vecinos, al objeto de encontrar el más conveniente. Yo tuve la suerte de encontrar la Tierra, eso es todo.

—Y así ganaste la corona.

—Bien, era el premio. No obstante, debes saber también que he sido la única exploradora que ha regresado a Thurbod, el planeta que vosotros designáis con el sobrenombre de "Polizón".

—Y te estableciste allí, estudiaste nuestras costumbres... ¿De dónde sacabas el dinero?

Ossynia se echó a reír.

—Para una mujer de mi capacidad intelectual; jugar a la Bolsa era cosa de niños. Además, había llevado conmigo unos detectores muy exactos. Uno de mis amigos encontró un gran yacimiento de oro. Nos casamos, enviudé...

—¿Voluntariamente?

—No hagas preguntas tontas —dijo ella maliciosamente—. El buen señor Stratterley murió y me dejó una gran fortuna, además de su apellido. El nunca supo que estaba casado con una extraterrestre.

—Con una *mantis religiosa* —gruñó él.

—Bueno, llámalo como quieras. Sin embargo, no conté con el hecho de que vosotros estáis también bastante adelantados y habíais llegado a predecir la catástrofe que se os avecina.

—No somos tontos, Ossynia.

—Lo sé. Por eso decidí secuestrarte.

—Eres muy lista, pero los hombres a quienes contrataste, lo hicieron con la mayor torpeza imaginable. ¿Acaso querías secuestrarme para evitar contratiempos?

—En la Tierra tenía dinero de sobra. Y con dinero se consigue todo, incluso información sobre D.A., Ted.

—Pero al fracasar, decidiste regresar a Thurbod. ¿Cómo lo hiciste?

—Tenía una pequeña nave particular y le apliqué unos propulsores especiales. Llegar a Thurbod fue cuestión de una semana escasa. Tú has tardado meses, querido.

—Y me has esperado como la araña espera a la mosca en su red.

—Una bonita metáfora —palmoteó Ossynia—. Pero yo no te voy a devorar, ni tampoco seré para ti una *mantis religiosa*. Lo único que no voy a permitir es que lleves a cabo tu plan.

Gainsdale alzó las cejas.

—¿Mi plan? ¿No te entiendo? —dijo.

Ella le dirigió una mirada cargada de ironía. Luego hizo una señal con la mano y llamó a una de las operadoras:

—Rhetteys, infórmate si han traído mi encargo al palacio —pidió.

—Bien, señora.

La operadora tocó algunas palanquitas. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la tribuna.

—Señora, su encargo está a punto de llegar —informó.

— Gracias, Rhetteys —Con el brazo izquierdo, Ossynia se recogió graciosamente el extremo del manto púrpura—. ¿Vienes? —sugirió.

—¿Adonde? —preguntó él, receloso.

Ossynia usó el brazo libre para apoyarse en el del terrestre.

—No temas, no voy a comerte —dijo con una alegre carcajada.

* * *

Entraron en una enorme habitación, dividida en dos planos, con una diferencia de niveles de menos de un metro. El espacio que había entre uno y otro plano se salvaba mediante una larga escalera de

cuatro peldaños. Al fondo, entre cortinas, Gainsdale entrevió un monumental lecho. A la izquierda, hundida en el suelo, había una bañera de grandes dimensiones.

En el plano inferior había gran cantidad de almohadones, un par de mesas y un larguísimo diván, en ángulo. Ossynia dejó que el manto resbalase hasta el suelo y quedó vestida solamente con un brevísimo peto, de cuencos dorados, y unos pantaloncitos cortos, muy ajustados. Se acercó a una de las mesas, tomó una vasija muy semejante a un ánfora y llenó dos copas de cristal finísimo.

Sobre la otra mesa, Gainsdale divisó un gran bulto, oculto por un espeso paño de color rojo. Ossynia no dijo nada de momento sobre lo que había bajo la tela, simplemente, se limitó a entregar una copa a su huésped, encaminándose luego en dirección al diván.

—Ven, siéntate a mi lado —invitó melifluamente—. Aún tenemos que hablar mucho.

—Soy tu prisionero —respondió Gainsdale.

—Ese es un punto que no vamos a discutir por ahora, querido.

—¿Has tenido hijos alguna vez? —preguntó él súbitamente.

—No, aunque no desespero de tenerlos algún día. Soy joven...

—Según los cómputos terrestres, ¿cuántos años tienes?

Ossynia rió tenuemente.

—Tengo la edad que aparento —repuso.

—El aspecto es magnífico, todo hay que decirlo.

—Por lo que yo recuerdo, hace tiempo sostenías una opinión muy parecida. Pero la atracción duró muy poco. ¿Por qué, Ted?

—Si he de serte sincero, tenías un genio insoportable, además de ser demasiado absorbente. No hubiera deseado una esclava, pero tampoco me gustó la perspectiva de ser tu esclavo.

—Sí, soy un poco temperamental, lo admito. —Ossynia dejó la copa sobre la mesa y extendió los brazos en el borde del diván—. Y yo he de serte sincera también y he de decir que, de todos los terrestres a quienes conocí, tú fuiste el único que llenó todas mis aspiraciones.

—Tenías dinero. ¿Por qué no hiciste que me siguieran?

—Estaba muy ocupada en aquella época, preparando el plan que había de traerme hasta el trono de Thurbod. Tal vez mis intemperancias se debían a un exceso de nervios… aunque, como puedes comprender, no iba a confiarte ciertos secretos. Por otra parte, tampoco me habrías creído.

—No, no lo hubiera creído —admitió él—. Bien, ya estás aquí y…, ¿cómo marcha tu plan?

—No podría ir mejor, Ted —respondió Ossynia enigmáticamente.

—¿Has elegido ya tu pareja? Quiero decir que te conviene tener un hijo… una hija, mejor dicho, para que pueda un día heredar tu corona.

—Sí, he elegido mi pareja —contestó ella—. Pero eso es algo que puede esperar un poco.

—Quizá piensas esperar a que Thurbod haya ocupado la órbita de la Tierra. Por cierto, ¿cómo piensas hacerlo?

Ossynia se levantó vivamente.

—Ven, te lo explicaré de un modo muy gráfico. Aun que también rudimentario, creo que lo comprenderás sin la menor dificultad —dijo.

Ella cruzó la estancia y se detuvo ante una consola, sobre la que había un extraño aparatito, que llamó no poco la atención del terrestre. En los primeros momentos, Gainsdale se preguntó qué podía hacer allí aquel aparato que parecía más bien de física recreativa.

—Antes de hacerte ninguna demostración práctica, debes saber que emplearemos una poderosísima fuerza de repulsión magnética —declaró Ossynia—. Si estás informado de lo sucedido hasta ahora, sabrás que hemos sido capaces de atraer a vuestras naves hasta la superficie de Thurbod sin la menor dificultad.

—Muy cierto —admitió él—. Sigue, te lo ruego.

—Bien, en un principio, nuestros científicos habían calculado que, cualquiera que fuese la nueva órbita que debíamos ocupar, no podía hacerse sin perjuicio para otros. Es lamentable tener que hacerlo, pero era nuestra única solución. Situarnos en la órbita de la Tierra, en un punto diametralmente opuesto, habría creado unos problemas gravitatorios de tal magnitud, que habrían resultado insoportables para los habitantes de ambos planetas. Por tanto, no nos quedaba otro remedio que la expulsión de la Tierra. ¡No me mires así! —exclamó ella, momentáneamente furiosa—. Es simple cuestión de supervivencia, Ted.

—Por favor, no te irrites. Aunque no las comparta, comprendo tus opiniones. Sigue, por favor.

—Está bien. Mira ahora y lo comprenderás en un instante.

El aparato consistía en dos varillas verticales, apoyadas en una pequeña plataforma, de unos cincuenta centímetros de altura, unidas en el extremo superior por otra varilla, algo más larga. De la varilla horizontal pendían diez o doce bolas de unos tres centímetros de diámetro, mediante unos hilos muy finos. La distancia entre los hilos era la justa para que las bolas, situadas todas al mismo nivel, estuvieran en contacto unas con otras, salvo las dos de los extremos.

Ossynia cogió con dos dedos la bola del extremo derecho, separándola de la más próxima hasta que el hilo tomó una inclinación de 45°. Entonces, la soltó.

La bola golpeó a la siguiente, pero ni ésta ni las demás se movieron, salvo la situada en el extremo opuesto, que se separó unos diez centímetros, para volver nuevamente a la misma posición. Gainsdale comprendió en el acto y se quedó estupefacto.

—Es un experimento elemental de propagación de la energía —dijo Ossynia, satisfecha del efecto que la demostración había causado en su huésped—. Y así es como expulsaremos a la Tierra de su órbita, enviando sucesivas “bolas” de repulsión magnética, hasta que empiece a moverse… y como no está suspendida de un hilo, ese movimiento continuará eternamente.

Gainsdale se sintió abrumado al oír aquellas palabras, porque no le cabía la menor duda de que Ossynia hablaba completamente en serio y que sus poderosos medios de que disponían eran muy capaces de arrancar a la Tierra de una órbita secular. Los terrestres, por supuesto, ya no lo verían, porque la catástrofe exterminaría todo signo de vida en pocas horas, con las primeras sacudidas que se producirían al recibir el impulso de la fantástica energía creada por los científicos de Thurbod, cientos de años antes.

—Ah —añadió Ossynia—, y tu plan, por supuesto, no se llevará a efecto. Aunque consiguieras sorprendernos, no tendrías éxito.

Gainsdale fingió ignorancia.

—No entiendo —dijo.

Ella le dirigió una mirada llena de malicia.

—¿De veras? —Con paso elástico, se encaminó hacia la mesa sobre

la que había un bulto tapado por un paño rojo y, asiendo una punta de éste, lo apartó de golpe—. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó.

Gainsdale lanzó un grito de sorpresa. Antes de que pudiera añadir una sola palabra, Ossynia metió la mano en la caja de hierro, que ya había perdido su temperatura normal, cogió un puñado de tierra y la lanzó despectivamente a un lado.

—La D.A. no disgregará nuestro planeta —dijo sensacionalmente —. Ya es una sustancia tan inofensiva como la tierra en que crecen nuestras plantas.

# CAPITULO X

Una sombra se deslizó sigilosamente en las tinieblas. Junto a la valla había una joven erguida, apoyada en una lanza propulsora. Algo golpeó bruscamente su cráneo y la centinela se derrumbó sin sentido.

Al otro lado de la valla, se movió una sombra. Pete Kahn llegó a los alambres.

Darsyna —llamó.

—Estoy aquí —contestó la atacante—. ¿Te encuentras bien, querido?

Kahn asintió:

— Magníficamente, aunque con los nervios a punto de estallar. Ha llegado un compatriota...

—Lo sé, pero no podemos hacer nada por él. Está con Ossynia.

—Darsyna, tenemos que salvarle.

La joven nativa miró con asombro al terrestre.

—Pete, habíamos acordado marchar a los bosques. Thurbod es enorme, como tu Tierra. Nunca podrán encontrarnos...

—Lo sé, pero ahora han cambiado las cosas. El capitán Gainsdale ha llegado en una astronave. Si le ayudamos a escapar, nos conducirá de vuelta a la Tierra, ¿comprendes? Eso me parece mejor que vivir una existencia de fugitivos... Por supuesto, hasta ahora era lo que más nos convenía, pero repito que el asunto ha dado un vuelco completo.

—Está bien —dijo Darsyna—. Creo que tienes razón, pero ¿qué haremos ahora?

—¿Has traído las cizallas?

—Sí.

—Entonces, ¡corta!

Darsyna se aplicó al trabajo. Minutos después, había abierto en la valla una brecha del diámetro suficiente para que Kahn pudiera pasar sin dificultad.

Al hallarse al otro lado, Kahn se apoderó de la lanza de la centinela. Luego miró intensamente a la bella nativa.

—Darsyna, guíame hasta la nave —pidió.

—Sí.

Ella había traído consigo otra lanza. Kahn conocía su manejo. Instantes después, se elevaban en el aire y volaban a toda velocidad hacia la astronave.

Foco más tarde, divisaron la enorme mole metálica posada sobre el suelo. Perdieron velocidad y aterrizaron al pie de una de las escotillas.

Entonces, Kahn agarró por un brazo a la joven.

—Te quedarás aquí —dijo—. Descubrirán mi fuga, claro está, y puede que envíen patrullas a buscarte, ya que, lógicamente, sospecharán que he podido traerte a la nave. Pero ahí adentro hay sobrados escondites, para que puedas permanecer sin peligro hasta que hayamos vuelto el capitán y yo.

—Tú no conoces la ciudad —alegó ella.

—Me explicarás cómo se puede llegar al sitio donde está el capitán. Pero no quiero que corras riesgos. Te quedarás aquí.

—Está bien, tú mandas.

Kahn sonrió.

—Oír esas palabras en boca de una nativa, suena un poco raro —dijo—. Pero cuando estemos en la Tierra, tú mandarás en mí... y yo mandaré en ti.

Besó fuertemente a la joven y la empujó hacia la escalera de acceso. Unos segundos más tarde, ponían el pie en la primera esclusa.

Kahn guió a Darsyna a través de un largo corredor, al final del cual había una escalera, que terminaba en una puerta.

Al otro lado hay una serie de mamparos que dan a compartimentos estancos —dijo—. Te dejaré en uno de ellos, con agua y comida suficientes...

Una voz cortó súbitamente las palabras del antiguo observador:

— ¡Tiren esas lanzas al suelo o haré fuego!

Kahn se quedó atónito al escuchar la intimación. Lo que menos se había imaginado era que hubiese gente a bordo de la nave. Pero lo más asombroso de todo era que había reconocido la voz.

— ¡Doctora! —exclamó—: ¡Doctora Farrar!

* * *

Ossynia se separó bruscamente del hombre, con el pecho agitado a causa de la viva indignación que la poseía.

—¿Qué te pasa? Estás hecho un témpano de hielo —exclamó airadamente—, ¿Es qué ya no te gusto? ¿No soy una mujer hermosa, tal vez más que ninguna de las que poblamos este planeta?

Gainsdale contempló unos instantes a la joven. Ossynia estaba frente a él, sin una sola prenda de ropa, espléndida en su total desnudez, bella estatua de carne ardiente, en la que el brillo de ira de sus ojos, ponía cierta nota desagradable al alterar sus hermosas facciones.

—Lo siento —se disculpó.

—Lo sientes —dijo ella despectivamente—. No hace más de seis años, eras un hombre terriblemente apasionado. Nunca encontré otro que se te pudiera comparar...

—No me comprendes, Ossynia.

—¿Amas a otra?

—No, diablos... —Gainsdale se puso en pie—. ¿Cómo quieres que me sienta apasionado, si mi mente está en otro sitio? Los problemas psíquicos han afectado por completo a mi cuerpo... y no me siento capaz de amarte, eso es todo.

Ella le miró burlonamente.

—Creo que comprendo —dijo.

—Así es mejor, porque nos entenderemos —contestó él, a la vez que se apoderaba del manto que yacía en el suelo—. Cúbrete, te lo ruego.

Ossynia, despechada, se envolvió el cuerpo.

—Quizá mañana seas... “otro” —dijo.

—Es probable —dijo Gainsdale con voz neutra.

—Sí, tal vez estás demasiado impresionado y eso siempre afecta un poco a la psicología personal. —Ossynia se echó a reír—. No esperabas una sorpresa semejante, ¿verdad?

—Me gustaría saber cómo has podido…

—Ted, no intenté secuestrarte sólo porque me gustases como hombre —dijo ella sorprendentemente—. A decir verdad, conocía ya desde hacía tiempo los experimentos de los profesores Amsterdill y Ulimov. Naturalmente, me puse en comunicación con Thurbod y expliqué lo que sucedía. No hay aquí solamente mujeres jóvenes y hermosas; también disponemos de un completo equipo científico, capaz de convertir la tierra contaminada… en tierra, simplemente.

—Empiezo a pensar que quizá me convenga ponerme de tu parte.

—Sería lo mejor, Ted.

—Y total, ¿para qué? Dentro de un año, dos, habría cumplido mi función genésica y acabaría incinerado. No es una perspectiva agradable, Ossynia. Por lo menos, a largo plazo.

Ella le miró críticamente.

—Ahora soy la reina —dijo—. Es un título que me he ganado a pulso. Podrás decir que he tenido suerte, que soy la única, o la primera, de las exploradoras enviadas que ha conseguido regresar y con la buena noticia de una órbita disponible para Thurbod. Pero el caso es que he ganado el premio y eso me da unos poderes de que antes no disponía.

—Te felicito —contestó él gravemente.

—Quizá se pueda modificar esa ley, Ted.

—¿Para mí sólo?

—Sé un poco egoísta, querido —sonrió ella. Se dirigió hacia la puerta y la abrió—. Desayunaremos juntos, si te parece.

—Claro.

Gainsdale durmió poco y mal aquella noche. El plan había fracasado por completo. Ossynia estaba enterada de los experimentos realizados por Ulimov y Amsterdill, y no habría tocado la tierra con la mano, de no hallarse absolutamente segura de su inocuidad. ¿De qué habían servido tantos meses de duros trabajos y esfuerzos llevados hasta el límite?

Por la mañana, tras el desayuno, durante el cual Ossynia se había comportado con normalidad, como si Gainsdale se vio conducido de nuevo hacia la sala de control.

Las operadoras estaban ya advertidas, porque el joven pudo ver en una de las pantallas la imagen de un astro harto conocido. Las bandas coloreadas, paralelas, hacían inconfundible al planeta.

En la pantalla gigante se hallaban reflejadas las posiciones de los distintos astros del sistema solar. Ossynia dijo:

—Estamos alcanzando la órbita de Júpiter. Ayer mismo se disparó la primera "bola" de energía.

—¿Cuál es su velocidad? —preguntó él.

—La de la luz. Pero no temas, no sentirán nada en la Tierra. Ni siquiera en los siguientes disparos, que se producirán a razón de uno cada hora. Lo que hacemos es, simplemente, una acumulación de energía, hasta que llegue el momento en que, tras sucesivos disparos, la Tierra empiece a moverse. No obstante, pasará un mes antes de que se noten los primeros síntomas.

—¿Puedo conocer esos síntomas?

—Oh, sí, claro... Tempestades, no demasiado fuertes por ahora, leves temblores de tierra, con cifras bajísimas en la escala de Richter, mareas un tanto anormales... algunas crecidas de los ríos... El *clímax*, es decir, el momento en que la Tierra inicie su "arrancada" se producirá, aproximadamente, dentro de dos meses. Ten en cuenta que, por pura lógica, hemos refrenado la marcha de Thurbod. Antes de situarnos en nuestra nueva órbita, habremos de dejar pasar dos meses más, ¿comprendes?

Gainsdale se sentía aún más asombrado que deprimido. ¿Qué fabulosa civilización había conseguido resultados tan espectaculares?, se preguntó. ¿De dónde se obtenía aquella fuerza colosal, capaz de mover planetas, con un peso que, al menos metafóricamente, parecía incalculable? Trillones y trillones de toneladas, movidas como una pluma...

Era mareante. Cerró los ojos, porque se sentía incapaz de resistir psíquicamente el choque que le producían semejantes pensamientos.

Ossynia se dio cuenta de su palidez y le contempló con interés.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—No... No te preocupes. Estoy bien —Gainsdale hizo un esfuerzo para sonreír—. Sigue. Todo lo que estás diciendo me resulta muy atractivo.

—Lo celebro, querido. Y ahora, si no te importa, quiero que veas algo muy interesante. Fíjate en aquella pantalla. La imagen es de Thurbod, tomado desde uno de nuestros satélites de detección.

El planeta se veía perfectamente en la pantalla, con todo su colorido, destacando con absoluta nitidez contra el fondo negro del espacio. De pronto, Gainsdale vio una especie de neblina muy tenue, de los mismos contornos que Thurbod.

La neblina se aclaraba por segundos, a la vez que se alejaba del planeta. En apariencia, era un disco, dado que carecía de sombras que le permitiesen la perspectiva esférica. A los pocos segundos, desapareció de la pantalla.

—Un disparo de energía dirigido hacia la Tierra —exclamó Ossynia.

—Cada hora —dijo él.

—Sí. —Ossynia se colgó de su brazo—. ¿Quieres que demos un paseo? Tengo que contarte algo que te gustará. He empezado a sondear a las componentes de mi consejo de gobierno, sobre la conveniencia de abolir la ley que condena al exterminio de los varones, una vez cumplida su función reproductora. Creo que tendré éxito.

—Te felicito.

—He conseguido un gran prestigio. El consejo de gobierno, que lo era de regencia hasta que volví, se muestra muy deferente conmigo.

—No sabes cuánto me alegro, Ossynia.

En la parte posterior del palacio había un extenso parque. Ossynia se acercó a un elegante surtidor, mojó la mano en el agua y arrojó unas gotas al rostro de Gainsdale, mientras reía alegremente. Luego se acercó a él y le puso las manos en los hombros.

—Reinarás a mi lado —dijo con ojos llenos de fuego.

Gainsdale frunció el ceño. Ossynia se sintió extrañada.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Por qué me miras así?

El joven se separó un par de pasos y contempló los pies de Ossynia. Ella vestía una especie de sandalias, con el tacón de dos centímetros escasamente.

—Creí que llevabas tacón alto… Me habías parecido más alta —dijo.

Ossynia rió alegremente.

—Empiezo a creer que vuelvo a gustarte —exclamó visiblemente satisfecha—. Siempre he sido bastante alta y nunca me gustaron los tacones exagerados. ¿Seguimos?

Gainsdale se dejó llevar. A pesar de la continua charla de su hermosa acompañante, no olvidaba ni por un momento que la Tierra estaba en peligro de perecer y que en aquel planeta se había inutilizado la única arma que se había hallado para evitar la catástrofe.

Un planeta iba a ser expulsado de su órbita y él ya no podía hacer nada por evitarlo.

# CAPITULO XI

De repente, despertó sobresaltado.

Había alguien en la habitación. Durante todo el día, la mayor parte de sus energías se habían concentrado en rechazar el continuo acoso de Ossynia. Ella, al fin, le había dejado, confiando en que más adelante volviera a ser el amante apasionado de unos años atrás. Pero por grande que fuese el atractivo sensual de la mujer, el pensamiento de lo que iba a suceder, le hacía mirarla con odio y asco a un tiempo.

Aquel ruidito... ¿Acaso venía Ossynia a sorprenderle en el sueño, confiando más en la sorpresa que en sus dotes de seducción?

La silueta se recortaba nítidamente contra la ventana del dormitorio.

—Pssst... —oyó Gainsdale—. No se asuste, no haga ruido, capitán.

Gainsdale se sentó bruscamente en el lecho.

—Por todos los diablos... Pete, ¿cómo lo has conseguido?

Los dientes de Kahn brillaron en la oscuridad.

—Siempre es bueno tener amigos —dijo.

—Espera un momento, no te muevas.

Gainsdale se levantó y corrió las cortinas de su dormitorio. Luego fue hacia la puerta y echó una especie de pestillo de seguridad. Finalmente, accionó el interruptor, situándolo en una posición intermedia.

Todo el techo se iluminó en el acto, despidiendo una luz difusa, que permitía ver perfectamente, sin herir las retinas. Entonces, Gainsdale miró estupefacto a su antiguo navegante.

—Esto es increíble, Pete —dijo—, ¿Cómo has logrado escapar de tu encierro?

—Tengo una amiga. Si conseguimos llegar a la Tierra, será mi esposa —respondió Kahn orgullosamente.

—¿Cómo? ¿Una nativa? —se asombró Gainsdale.

—Sí, en efecto. Se llama Darsyna...

—Pete, yo escuché la grabación de tu último mensaje y pude ver las fotografías que habías tomado de Thurbod. Pero nunca dijiste que aquí hubiera mujeres.

Kahn frunció el ceño.

—Yo lo dije, capitán —aseguró.

—Tus últimas palabras fueron: "Dios mío. ¿Qué es esto?". Y ahí terminaba la grabación.

—Seguramente, se dieron cuenta de que informaba a la Tierra y provocaron interferencias en la radio. Ahora bien, después de haber dicho que venían mujeres a buscarme, yo perdí el sentido. Cuando lo recobré, estaba ya en Thurbod.

—Encerrado con los demás varones del planeta.

—Sí. Luego me explicaron las costumbres y... Bien, al cabo de un tiempo me asignaron una pareja. Afortunadamente, Darsyna se enamoró de mí y anoche me ayudó a escapar. Ahora está escondida en la nave.

Gainsdale se dio una palmada en la frente.

—¡Dios mío! Wilma...

—La doctora está bien, no se preocupe, aunque lógicamente intranquila por su ausencia. Ella y Darsyna siguen en la nave, bien escondidas. Yo he venido a buscarle para llevarle con nosotros. En cuanto estemos allí, despegaremos y...

—No, Pete.

Kahn respingó al oír la negativa.

—Capitán, no irá a decirme que le gusta vivir en este maldito planeta —exclamó.

—Calma, Pete. Las cosas no son tan fáciles como crees. En efecto, yo podría irme ahora contigo y hacer despegar la nave, pero ¿qué conseguiríamos? ¿Es que ya no recuerdas la extraña fuerza que atrajo al observatorio hacia la superficie de Thurbod? ¿No fuiste tú el que mencionó que las naves auxiliares se quemaban como pavesas al entrar en la atmósfera, porque no habían podido escapar?

—Diablos, es cierto —contestó Kahn, a la vez que hacía una mueca —. Aquí se enterarían muy pronto de nuestra fuga y nos harían volver

más que aprisa… y hasta quizá dejarían que nos estrellásemos contra el suelo. Caramba, capitán, eso es algo en lo que no habíamos pensado.

—La fuga no nos serviría de nada, Pete. Además, hay que buscar la forma de librar a la Tierra del peligro que corre de ser expulsada de su órbita.

—La doctora me ha contado lo que pasa. Pero dice que usted tiene la forma de conseguirlo, con la tierra contaminada…

—Pete, esa tierra contaminada no sirve ya para nada. Ossynia me hizo una demostración concluyente. Sus científicos han conseguido eliminar los efectos de la D.A.

Kahn se dio una palmada en la frente.

—¡Estamos perdidos! —se lamentó.

—Quizá no —dijo Gainsdale.

—¿Tiene algún plan, señor?

—Es posible… Pete, tú debes volver a la nave sin ser visto. Diles que yo sigo aquí y que voy a tratar de ganarme la confianza de Ossynia. Se ha encaprichado de mí, ¿sabes?

—Capitán, si eso es cierto, más tarde ordenará que lo eliminen —se asustó Kahn.

—Confío en que no lo hará —sonrió Gainsdale—. Pero en alguna parte hay un generador de una potencia que no somos capaces siquiera de imaginar y que está llevado a Thurbod hacia el lugar que ahora ocupa la Tierra. Tengo que buscar el medio de llegar a ese generador y variar la órbita de planeta. Y sólo puedo conseguirlo si me gano la confianza de Ossynia.

—Ahora ya le entiendo —dijo Kahn—. ¿No podemos hacer nosotros nada por usted?

—Esperar, simplemente. Cuando crea llegado el momento, me reuniré con vosotros en la nave.

—Está bien, se lo diré así a las chicas. De todos modos, me gustaría volver dentro de algunos días, para tener noticias.

—Sí, es una buena idea.

—Capitán, me alegro de que esté bien —sonrió Kahn.

—Gracias, Pete. Pero, dime, ¿no habrán notado tu fuga?

—Claro. De todos modos, no es la primera. A veces, tipos disconformes consiguen escaparse. Sin embargo, deben de andar buscándonos por las selvas, que es adonde se dirige todo el que se evade.

—Ten cuidado, Pete.

Gainsdale se dirigió hacia el interruptor de la luz. De pronto, se volvió hacia su visitante.

—Pete, cuando un hombre ya no sirve para procrear, ¿cómo lo eliminan?

Kahn apretó los dientes.

—Desaparece del campo de prisioneros, simplemente —respondió —. Darsyna, sin embargo, me ha dicho que lo incineran.

—¿Vivo? —se horrorizó Gainsdale.

—Al menos, tienen cierto sentido de la humanidad, capitán. Primero lo anestesian y… —Kahn paseo la vista por la estancia—. Caramba, señor, tiene usted una habitación de gran lujo… Amplia, espaciosa… En donde estamos nosotros, hemos de andar con cuidado para no rompernos la frente contra el techo.

—Sí, es un bonito dormitorio —convino Gainsdale sonriendo.

Momentos después, volvía a quedarse solo. Encendió la luz nuevamente. La habitación, sin saber por qué, le parecía mayor que la víspera.

—A ver si es que estoy menguando de tamaño —se dijo preocupadamente.

* * *

El tenedor era algo mayor de lo habitual. Gainsdale lo dejó a un lado y luego se encaró con su hermosa acompañante en el desayuno.

— Hay algo que no te he dicho todavía —sonrió— Por supuesto, si me lo niegas, no protestaré.

—¿De qué se trata? —preguntó Ossynia.

—Thurbod viaja por el espacio, movido por una fuerza que vuestros científicos crearon hace siglos.

—Es cierto.

—Pero esa fuerza debe ser generada por alguna máquina.

—Sí.

—Debe de ser algo maravilloso, fantástico… —suspiró Gainsdale.

Ella sonrió maliciosamente.

—Adivino tus pensamientos —dijo—. Quieres ver el generador.

—No tengo por qué negar mi curiosidad, Ossynia. Ahora bien, si las leyes de Thurbod prohíben que los extranjeros vean ciertas cosas, me resignaré, claro.

Ossynia le dirigió una mirada muy especial.

—Estoy en condiciones de afirmarte que quizá algún día dejes de ser un extranjero en Thurbod —contestó. Dejó la servilleta a un lado y se puso en pie—. ¿Quieres venir?

—Sí, desde luego.

Gainsdale se acercó a la joven. Preocupado, notó que las estaturas de ambos eran casi iguales.

Ciertamente, Ossynia había sido siempre una mujer alta. Pero no tanto como Gainsdale, cuya estatura rozaba los ciento noventa centímetros. Sin embargo, ahora los ojos de la joven estaban casi al mismo nivel que los de su acompañante. Y por lo que Gainsdale recordaba, la diferencia había sido en tiempos de casi veinte centímetros.

Ahora no había ni cinco. ¿Crecía Ossynia o se encogía él?

Los techos, las puertas, las ventanas y los muebles le parecieron también de mayores dimensiones No obstante, consideró prudente evitar comentarios sobre el particular.

Ossynia le condujo en dirección a la sala de control, pero en lugar de asomarse a la tribuna donde habían estado otras veces, buscó una puerta de aspecto vulgar, que daba a un ascensor. Momentos después, el ascensor perdía altura con gran rapidez.

Treinta minutos más tarde, Ossynia le anunció que se hallaban a cincuenta kilómetros de profundidad Abrió la puerta y se apartó ligeramente, con la sonrisa en los labios, disfrutando de la sorpresa que advertía en el rostro del terrestre.

Gainsdale tenía la boca abierta y los ojos dilatados por el asombro. El espectáculo que se ofrecía a su contemplación era algo que ni en sueños se hubiera sentido capaz de imaginar.

La caverna, ante cuya entrada se hallaban, debía de medir diez o doce kilómetros de largo, por otro tanto de ancho, del suelo al techo no habría menos de tres mil metros y ni una sola columna sostenía la inmensa bóveda rocosa, alisada por poderosas máquinas cientos de años atrás

A unos cien metros de distancia, estaba la gigantesca máquina albergada en aquella colosal caverna. Era un monstruo de metal, que se extendía kilómetros y más kilómetros en ambos sentidos y cuya parte superior se hallaba a dos mil metros del suelo. La cantidad de energía que podía generar aquella increíble máquina de energía inimaginable para un hombre habituado a esquemas infinitamente más modestos.

El silencio más absoluto reinaba en la caverna. Cualesquiera que fuesen los mecanismos y la construcción del fantástico generador, su acción se producía sin el menor ruido.

—El control está en la sala que ya conoces —dijo ella.

—Bien, pero como todo generador, necesita “alimento” —manifestó Gainsdale—. Una vulgar estufa es, simplemente, un generador de calor y puede ser de leña, de carbón, eléctrica... En la Tierra tenemos las centrales eléctricas: agua, carbón, combustibles líquidos... aunque ya son las menos. La inmensa mayoría son centrales nucleares, que utilizan el uranio como combustible. ¿Y aquí?

—La máquina extiende sus “tentáculos” en el subsuelo y llegan a profundidades que no puedes imaginarte siquiera. El combustible que emplea es, simplemente, la tierra que tenemos debajo, consumida absolutamente... la masa transformada en energía, lo que no deja residuos de ninguna clase, porque, en realidad, el residuo es la propia energía. Y ello nos proporciona luz y calor aunque estemos en lo más profundo del espacio, y los controles automáticos actúan sobre los períodos de luz y oscuridad. Además, forman una capa exterior que evita el frío del espacio y permite una vida absolutamente normal en la superficie, tanto para las personas, como para los animales y las plantas.

Ante aquellas palabras, Gainsdale se sintió abrumado.

¿Cómo iba a destruir aquel gigantesco generador?

Aquella máquina no podía pararse simplemente por la acción de un vulgar interruptor.

Ossynia pareció adivinar sus pensamientos.

—Es absolutamente indestructible —dijo—. Y la sala de control está vigilada, de modo que nadie sino el personal autorizado puede penetrar en ella. Cualquiera que lo intentase, a cualquier hora, aunque la sala estuviese vacía, moriría instantáneamente.

* * *

El lavabo parecía más grande cuando Gainsdale metió las manos bajo el grifo. Se refrescó un poco la cara; sentía que lo estaba necesitando.

Su desánimo era total. Ossynia le había explicado la forma en que se evitaba la entrada de personal ajeno en la sala de control. Las operadoras habían sido acondicionadas molecularmente para franquear las barreras de seguridad y ello solamente a la hora señalada para su turno de observación y control.

—Ni yo misma podría entrar —le había dicho Ossynia—.. Si lo intentase, moriría de la misma forma que una mariposa al acercarse a la llama. El único lugar al que tengo acceso es la tribuna de observación, pero la barrera está ya a tres metros de distancia.

Gainsdale se sentía profundamente deprimido.

La Tierra estaba perdida. A cada hora, se disparaba una esfera de energía que, acumulándose gradualmente, un día alcanzaría la potencia suficiente para expulsar al planeta de su órbita.

Ese día, se dijo tristemente, habría llegado el fin de la humanidad terrestre.

El podría salvarse, pero ¿viviría feliz pensando en los miles de millones de vidas sacrificadas?

De pronto, notó un leve crujido que le envolvió de pies a cabeza.

El lavabo aumentó de tamaño ligeramente.

El día de su arribada, el lavabo le llegaba a las ingles. Ahora lo tenía a la altura del estómago.

Levantó la vista. El techo estaba a una altura anormal.

Sintió pánico. ¿Qué sucedía?

¿Se encogía? ¿Iba a convertirse en un liliputiense?

Cuando salió del cuarto de baño, estudió las dimensiones de la cama. Era grande, espaciosa, lo suficiente para poder moverse con toda holgura. Pero ahora parecía mayor.

Al tenderse en el lecho, observó que sus talones quedaban a casi cincuenta centímetros de los pies de la cama.

El día de su llegada, había podido sentarse normalmente, con las rodillas más altas que las caderas. Hizo una prueba. Ahora, las rodillas estaban más bajas... y lo mismo pasaba con las sillas y un sillón, cuyos brazos tenían una anormal separación.

—¡Dios mío! ¡Me estoy convirtiendo en un enano! —exclamó, aterrado.

# CAPITULO XII

Por la mañana, desayunó solo.

Ossynia no dio señales de vida. Por otra parte, tampoco supo quién le había traído el desayuno. Cuando salió del baño, se encontró la mesa puesta.

Los platos y los tenedores le parecieron anormalmente grandes. Evitaba mirar al techo. Cada vez que lo hacía, le entraban mareos.

En la bañera, el agua le llegaba casi a la cintura. Aunque era espaciosa, tenía una profundidad normal. El día de su llegada, al ponerse en pie en su interior, las rodillas quedaban a ras del agua. Aquella mañana, el nivel del líquido había ascendido hasta el final de los muslos.

Los platos tenían un tamaño casi doble del habitual. Para sentarse en las sillas, tenía que saltar hacia atrás y colocar las posaderas en el asiento. Pero ni aun así llegaba con comodidad a la mesa, cuyo borde, sentado, quedaba a ras del mentón.

La cuchara le pareció casi una pala. Apenas si probó un poco de sopa y algo de café que, tal vez debido a la estancia de Ossynia en la Tierra, habían sabido reproducir en Thurbod.

Cuando terminó, saltó al suelo y se encaminó hacia la puerta. La mano debería estar al nivel de su cintura para hacer girar el pomo, pero tuvo que levantarla casi hasta la altura de los hombros.

Abrió. Una enorme amazona le cerró el paso, amenazándole con una varilla análoga a la que había empleado Nittya tan sólo tres días antes.

—No salgas —dijo.

—Quiero ver a tu reina...

—Está reunida con sus consejeras. ¡Atrás!

Gainsdale contempló a la amazona. Parecía una gigante. La mujer le rebasaba al menos en cuarenta centímetros. Apenas si llegaba al pecho, en el que se abombaban dos enormes curvas que, en otra ocasión, le habrían parecido de un singular atractivo. Ahora eran dos globos monstruosos, repulsivos.

Retrocedió y la centinela cerró la puerta. Gainsdale se preguntó por los motivos de su secuestro. Quería hablar a toda costa con Ossynia. Algo le estaba sucediendo. En un mundo tan adelantado, tenía que haber médicos que curasen su extraña enfermedad. Casi había perdido la mitad de su estatura…

Terriblemente afligido, pensó en Wilma. ¿Le habría sucedido lo mismo?

De pronto, decidió que no podía estar quieto, mano sobre mano. Tenía que hacer algo para escapar de allí. Pero si ya una lucha cuerpo a cuerpo con la centinela, en circunstancias normales, habría resultado comprometida, ahora estaría condenada al fracaso.

A menos que…

Buscó con la vista. Sí, allí veía un jarrón que podía resultar un arma adecuada. Silenciosamente, colocó una silla junto a la puerta y luego, con el jarrón bajo el brazo, trepó al asiento. Acto seguido, golpeó la puerta con la punta del pie, varias veces, muy rápido y seguido.

—¡Socorro! ¡Me encuentro muy mal!

La puerta se abrió casi de inmediato y la centinela se precipitó en la estancia. Una fracción de segundo después, el jarrón se abatía sobre su cráneo.

La amazona se derrumbó instantáneamente. Gainsdale saltó al suelo y se apoderó de su varilla. Al apretar el mango, una larga chispa azulada brotó del extremo opuesto. Entonces, comprendió que, según la presión de la mano, se emitían descargas de mayor o menor intensidad.

Salió del cuarto y cerró cuidadosamente. Pasillos y corredores le parecieron ahora inmensos. Creía ser el protagonista de un cuento infantil, perdido en el castillo del gigante. ¿Dónde estaba la sala del consejo?

De pronto, vio una amazona parada ante una puerta. Retrocedió, ocultándose tras la esquina próxima. Tras unos segundos de reflexión, emitió una llamada quejumbrosa:

—¡Socorro! ¡Me estoy muriendo!

La centinela, asombrada en un principio, reaccionó en seguida y corrió hacia el origen del grito. Al asomar por la esquina, Gainsdale tocó con la varilla su desnuda cintura. Ella emitió un breve chillido y

cayó fulminada.

Gainsdale saltó por encima de ella, sin preocuparse de su estado. No podía perder tiempo. Alcanzó la puerta y la abrió cuidadosamente, una leve rendija, lo justo sólo para poder oír lo que se decía al otro lado.

Una frase llamó su atención especialmente:

—Si eso que la directora de Energía dice es cierto, entonces no tenemos otro remedio que retroceder.

Era Ossynia la que había hablado. Alguien le contradijo:

—Es ya imposible iniciado el proceso, no hay poder capaz de detenerlo, señora.

—A ver, explícate —pidió Ossynia.

La otra mujer habló y Gainsdale lo escuchó todo. Entonces, anonadado, comprendió la verdad.

Cuando se dio cuenta de que la declaración de la directora de Energía estaba a punto de concluir, dio media vuelta y regresó corriendo a su habitación. Allí, detrás de una cortina, estaba la lanza propulsora que le había dejado Pete Kahn.

La lanza tenía ahora un tamaño casi doble de lo habitual. Gainsdale la asió firmemente y, un segundo después, se lanzaba al espacio.

En el primer momento, le sorprendió la extraordinaria velocidad que llevaba, aunque no tardó en comprender los motivos. La lanza, calculada para un peso medio determinado, arrastraba ahora la mitad de la carga. Por tanto, su potencia resultaba duplicada y, lógicamente, también la velocidad.

Un cuarto de hora más tarde, saltaba al pie de la astronave. Tiró la lanza propulsora a un lado y corrió hacia la escalera. Una vez en el interior, hizo funcionar un interfono:

—¡Wilma, Pete, soy yo, Ted Gainsdale! ¡Aprisa, hemos de zarpar inmediatamente!

* * *

Wilma, Kahn y Darsyna escucharon anonadados las explicaciones de Gainsdale. Cuando el joven hubo terminado su relato, Kahn se

acercó a una de las lucernas. —Eso explica el desmesurado crecimiento de los árboles y las demás plantas del bosque —dijo—. Pero ¿por qué no nos ha afectado a nosotros, capitán?

—Bien, mi impresión personal es que hemos vivido aquí poco tiempo para que nuestros organismos hayan resultado influenciados. La duda, sin embargo, estriba en Darsyna.

Todos se volvieron a mirar hacia la joven nativa, que aparecía muy pálida.

—Si lo deseáis, me iré ahora —dijo Darsyna.

Kahn rodeó sus hombros con un brazo.

—Tú vendrás con nosotros —exclamó resueltamente. Sus ojos se clavaron en el rostro de Gainsdale—. Y si quiere echarla de la nave, tendrá que vérselas conmigo... o mejor todavía, yo me quedaré aquí, para correr su misma suerte.

—Pete, no perdamos tiempos en discusiones inútiles. Lo mejor será que despeguemos cuanto antes —dijo el joven—. Ve a tu puesto y haz la revisión de los instrumentos.

—Tal vez andemos un poco cortos de combustible —alegó Wilma.

—Nos bastará con despegar y establecer una órbita rumbo a la Tierra —afirmó Gainsdale—, Los instrumentos de a bordo funcionan perfectamente y podremos emitir llamadas de socorro. Ulimov y Amsterdill no nos abandonarán, tenlo por seguro.

Kahn había echado a correr hacia el puente de mando. Gainsdale se encaró con la nativa.

—Darsyna, ¿qué hacías tú en Thurbod? —preguntó.

—Labraba la tierra, a mucha distancia de la capital. Un día vinieron a buscarme. Según la ley, debía tener un hijo, por lo menos —contestó la interpelada.

Gainsdale se frotó la mandíbula.

—¿Mucha distancia? —preguntó.

—Bien, yo diría que un cuarto de la circunferencia del planeta... Por lo visto, y a fin de evitar las radiaciones, los alimentos se cultivaban a distancias no inferiores a los quince mil kilómetros. Grandes aeronaves iban y venían constantemente...

La voz de Kahn llegó repentinamente desde la cámara de mando.

—Capitán, todo está en orden.

—Bien, Pete, voy a cerrar la escotilla —contestó Gainsdale.

Separándose de las mujeres, descendió al nivel inferior. Cuando llegaba a la esclusa, una enorme mano, con dedos casi como una de sus piernas, penetró a través del hueco.

—¡Ted, maldito, ven aquí! —gritó Ossynia frenéticamente.

* * *

La voz penetró como un trueno en el interior de la nave y el viento estuvo a punto de derribar al joven. Gainsdale, aterrado, vio que Ossynia se había convertido en algo monstruoso, indescriptible.

—Lo siento —dijo—. Nos marchamos.

—¡No! ¡Te quedarás aquí...! Morirás con nosotros...

—Ossynia, lo que sucede no es sino una consecuencia lógica de vuestra megalomanía. Si vuestros científicos habían conseguido el medio de vivir en un lugar donde apenas teníais luz y calor solares, si vuestra atmósfera os proporcionaba esos elementos tan preciosos, ¿por qué emprender un viaje a través del espacio, para expulsar a otro planeta de su órbita? Los científicos de Thurbod calcularon todo a la perfección, excepto una cosa: las consecuencias de su invento.

—¡No dejaré que os vayáis! —chilló Ossynia enloquecidamente—. Quédate aquí... Aún hay posibilidades...

—No, no las hay. Han sido demasiados siglos de constante actividad de vuestro generador. Las radiaciones, inofensivas en un principio para los seres humanos, han acabado por afectar a todo el planeta, con cuanto existe en su superficie: personas, animales y plantas... y también los objetos inanimados. En un proceso de crecimiento indetenible, que afecta a todos cuantos han nacido y vivido aquí, al menos, a una gran mayoría. Pero la masa de Thurbod permanece invariable, mientras aumenta su volumen. ¿Has visto lo que es un bizcocho antes y después de entrar en el horno? Un trocito minúsculo de masa hecha de harina, huevo, azúcar y otros ingredientes, se convierte en un hermoso bollo dos o tres veces más grande. Pero en este caso, el proceso de crecimiento se detiene al llegar a un punto determinado. En cambio, lo que sucede en Thurbod es ya irremediable. El planeta crecerá y crecerá y crecerá...

—¡Sal! —aulló Ossynia, frenéticamente.

Entonces, Gainsdale vio la varilla que había llevado consigo y, dando el máximo de tensión, acercó la punta a uno de los enormes dedos de la mujer.

Sonó un agudo chillido. La mano se retiró instantáneamente sacudida por una terrible descarga eléctrica, lo que aprovechó Gainsdale para accionar el mando de cierre de la compuerta.

Algo golpeó la nave con furia. Gainsdale se imaginó un gigantesco puño cerrado… pero, pese al descomunal tamaño de Ossynia, la nave era todavía lo suficientemente grande para resistir sin daños aquellos coléricos golpes.

—¡Arriba, Pete! —gritó—. ¡Despega, despega!

La nave se elevó instantáneamente. Kahn conocía también su manejo, aunque careciese de la experiencia del joven. Pero podía realizar sin dificultad la sencilla maniobra del despegue.

El suelo se alejó rapidísimamente. Kahn, sin embargo, había tenido la precaución de conectar la gravedad artificial, por lo que Gainsdale no sintió en modo alguno los efectos de la aceleración.

Momentos después, llegaba a la cámara de mando. Echó un vistazo a los instrumentos y halló todo en orden. Luego, desmadejado, se sentó en uno de los sillones.

Wilma llegó instantes después con una taza en las manos.

—Café —dijo—. Creo que te sentará bien.

—Gracias. Pete, ve con Darsyna; yo me cuidaré de los mandos.

Kahn se levantó.

—Sí, señor.

Wilma y el joven quedaron a solas. Ella preguntó:

—Ted, ¿qué va a pasar ahora?

Gainsdale tenía la vista fija en el planeta que, pese a su anormal aumento de tamaño, se veía cada vez más diminuto.

—Ellas, todos los habitantes de Thurbod, han sufrido las consecuencias de ciertas personas que, hace siglos, jugaron al aprendiz de brujo —contestó—. Lo previeron todo, menos el hecho de que las

radiaciones, unidas a la ausencia de la gravitación natural en un sistema solar, provocaría el aumento de dimensiones de todo y de todos. ¿Has oído lo que le dije a Ossynia respecto a la masa del bizcocho?

—Sí, una metáfora muy acertada —convino ella

—En este caso, la masa del bollo es el propio Thurbod. Pero el aumento de volumen no se detendrá apenas terminado el proceso de cocción. Wilma, dime, ¿qué sucedería si un trozo de masa de bizcocho de unos cien gramos siguiese aumentando indefinidamente?

—Bien, llegaría un momento en que podría ser tan grande como la Tierra, pero su peso no rebasaría nunca les cien gramos. Y, como es lógico, viviríamos en una atmósfera llena de bizcocho, pero ni lo notaríamos siquiera. Cien gramos son siempre cien gramos, independientemente de la cantidad de espacio que ocupan.

—Cien gramos de agua ocupan el espacio de un decímetro cúbico. Pero en el caso del plomo, para esos cien gramos, sólo necesitan el espacio de ocho centímetros cúbicos, aproximadamente. La situación, aquí, es a la inversa, claro… pero cuando haya terminado el proceso de aumento de volumen de Thurbod, si es que termina algún día, se habrá convertido en algo cientos de veces mayor que todo el sistema solar. Thurbod será entonces como una nube impalpable, a través de la cual pasará la Tierra sin el menor daño, sin que nadie lo advierta siquiera.

—Lo cual significa que no hay peligro de expulsión de la órbita.

—Ese peligro, puede decirse, se ha cancelado por sí mismo.

—A mí me preocupa Darsyna…

—A mí, no. Lo que sí me preocupa son las personas inocentes que van a morir en Thurbod, pero de eso no tenemos nosotros la culpa en primer lugar. Es muy posible que haya zonas en donde los habitantes no hayan sido afectados por esas radiaciones, cuyos efectos, muy posiblemente, han sido también heredados. Pete ha pasado meses enteros en Thurbod y no ha aumentado un solo centímetros de estatura. Se necesita mucho más tiempo, posiblemente toda la vida propia y también la de los padres y hasta los abuelos, para llegar a unos resultados semejantes. En cuanto a Darsyna, de haber resultado afectada, ya no cabría en la nave.

—Los que no han aumentado de tamaño, también van a morir —dijo ella tristemente—. Verán que todo se hace más grande, que el

suelo se desvanece bajo sus pies...

—No podemos evitarlo, querida. Y no debemos culparnos de algo de lo que, en realidad, somos inocentes. Cuando alguien pensó en sacar a Thurbod de su órbita ancestral, firmaba ya la sentencia de muerte de todos sus habitantes. Y en cuanto a Ossynia y sus seguidoras, piensa que habían condenado a muerte a miles de millones de seres inocentes, simplemente por el derecho de la fuerza.

Wilma suspiró.

—Ted, si quiere que te diga la verdad, empezaba a sentirme terriblemente nerviosa al ver que todo crecía de tamaño a nuestro alrededor —dijo.

—A mí me pasaba algo por el estilo. En cuanto al fenómeno, Thurbod debía de haber alcanzado ya un punto crítico en su equilibrio volumétrico, que se ha roto en el momento justo. Entonces, la reacción se ha desencadenado rápida e inconteniblemente...

Gainsdale conectó el telescopio, junto con el telémetro. Otros detectores entraron en funcionamiento.

Al cabo de unos momentos, obtuvo los primeros datos:

—El diámetro de Thurbod llega ya a veintidós veces sus dimensiones originales —dijo—. Eso significa que su densidad es veintidós veces menor. La velocidad del proceso es ahora mucho mayor... Si estuviéramos inmóviles, a corta distancia, podríamos contemplar su crecimiento a ojos vistas. Pero, a pesar de todo, aún estamos lo suficientemente próximos para que su masa nos afecte de algún modo, por lo que conviene que nos alejemos cuanto antes.

—Eso significa que antes de una semana ya no quedará nada de Thurbod —supuso Wilma.

—Sólo una nube invisible, cuyas moléculas se irán expandiendo más y más por el espacio, hasta que un día, ni los instrumentos más delicados puedan captar el menor rastro de “Polizón”.

—¿Sabes?, en cierto modo, me alegro de que Ossynia inutilizase el D.A. —exclamó Wilma—. Aunque queríamos salvar la Tierra, íbamos a hacerlo a costa de las vidas de miles de personas...

—La inmensa mayoría de esas personas estaban conformes con exterminarnos a los terrestres —contestó Gainsdale

Wilma suspiró. Sí, todo había terminado ya y nadie expulsaría a la

Tierra de una órbita en la que había entrado miles de millones antes. El peligro había sido conjurado.

—Ted —dijo de pronto.

—¿Sí?

—Dime, ¿intentó Ossynia...?

—Lo intentó. Pero no lo consiguió.

Wilma se esponjó.

—Pensabas en mí —dijo, muy satisfecha.

—Sí. —En cierto modo, no era verdad del todo, pensó Gainsdale, pero una mentirilla podía ayudar mucho—, De todas formas, ¿qué te importa? Dada la forma que tienes de pensar de mí...

—Oh, vamos, vamos, Ted. Sabes que te quiero Pero me pone muy furiosa que mires a otras mujeres.

—¿Quieres que te prometa que no volveré a mirar a nadie más que a ti?

—Pues... si tanto te empeñas...

Gainsdale se echó a reír.

—No temas —dijo—. No volverás a expulsarme más de tu órbita.

Alargó la mano. Wilma hizo lo propio. Con la mano libre, Gainsdale varió el panorama de la pantalla de televisión. Quería ver cuanto antes la imagen de la Tierra.

F I N

UNA HERMOSÍSIMA MUCHACHA
QUE LUCHA POR NO SER COMO SU MADRE:
¡UNA MUJER DE LA VIDA!



¡TODOS LOS HOMBRES LA DESEAN Y TIENE QUE DEFENDER SU VIRTUD DE LAS MAS VILES ACECHANZAS!

¡PERO EN SU CORAZÓN ANIDA UN AMOR PROFUNDO... QUE PUEDE HUNDIRLA EN EL FANGO!

# LORENA

ES UN APASIONANTE RELATO ESCRITO POR CORIN TELLADO. UNA NOVELA QUE EMOCIONA A TODAS LAS MUJERES Y QUE PUBLICA SEMANALMENTE EDITORIAL BRUGUERA.

ESCUCHE SU VERSIÓN RADIOFÓNICA
A LA HORA DEL SERIAL
POR LAS 65 EMISORAS DE LA "REM-CAR" Y "CES"

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.**